

Año V

AGENCIA ESPAÑOLA DE
COOPERACION INTELECTUAL

Núm. 2

22 SEP 2005

BIBLIOTECA HISPANICA

Ateneoa

~ Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes ~ ~

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION

008(83)(05)



SUMARIO: *Poesía china* □ R. Silva Castro:

La última novela de Joaquín Edwards Bello □ Carlos Prén-

dez Saldías: *Hombre* □ M. E. Hübner: *Tres capí-*

tulos de una novela □ A. Labarca Hubertson: *Un*

novelista pedagogo: H. G. Wells □ Mariano Latorre: *Cavinza*

(conclusión). □ *Hombres, ideas y libros: N. Z. A.: Una*

galería de escritores franceses contemporáneos □ Marta Verga-

ra: *El encanto de la España vieja* □ Pablo Vidor: *El Museo*

vivo □ **Januario Espinosa:** *La Colonia Tolstoyana* □

Domingo Melfi D.: *Las novelas explicadas* □ EX-LIBRIS

□ GLOSARIO DE REVISTAS □ □ □ □

Universidad de Concepción. Chile

Precio: \$ 2.00 ~ Abril 30 de 1928

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo,
Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).
Eduardo Barrios, Representante General en Santiago
Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO V

ABRIL 30 DE 1928

NÚM. 2

Poesía china

008 (83) (05)

Los poetas que descubren nuevas formas se sienten envanecidos con su hallazgo. La persecución de lo original, que es carácter de la literatura sólo en los dos últimos siglos, ha llegado a adquirir tal vigor en nuestros días que el poeta pretende ser autónomo en sus creaciones y aún aspira, no a reflejar la naturaleza, sino a forjar su propio mundo poético.

Estos fragmentos de poesía china, traducidos especialmente para ATENEA, prueban que algunas de las metáforas que más han satisfecho a los poetas de hoy, tienen venerable antigüedad. ¿No es esto una lección para la arrogancia de los innovadores?

La canción de Lo-Fo.

DESDE que el sol aparece en el horizonte ilumina nuestra casa, nuestra clara casa del país de Thsin.

En el país de Thsin hay una linda muchacha, una linda muchacha que se llama Lo-Fo.

Lo-Fo es encantadora y prudente. Lo-Fo, que cuida muy bien los gusanos de seda, no vacila en recorrer largos caminos para buscar hojas de morera.

Para buscar flores de morera, Lo-Fo se peina a la japonesa. Suspende perlas redondas de sus orejas, se pone dos trajes, uno amarillo y otro rosa, y lleva un pequeño canasto adornado con un cordón de seda azul.

Un día el Gobernador encontró a Lo-Fo en el camino del sur. Detuvo sus cuatro caballos y dijo al jefe de sus guardias:

«Pregunta a esa bella su nombre y su edad».

Lo-Fo contestó: — «En el país de Thsin hay una linda muchacha que se llama Lo-Fo y que no tiene todavía veinte años, es tan joven que acaba de cumplir dieciseis años».

El Gobernador de la provincia dijo aún al jefe de sus guardias: — «Pregunta a esa bella si quiere subir a mi carro...»

Lo-Fo contestó bajando los ojos: — «¿No piensa el Gobernador en la mujer que lo ama? En el país de Thsin, Lo-Fo tiene un prometido».

ANÓNIMO.—Año 600.

La sombra de una hoja de naranjo.

Sola, en su pieza, una muchacha borda flores de seda. De pronto escucha una flauta lejana... Se estremece. Y cree que un hombre joven le habla de amor.

A través del papel de la ventana una hoja de naranjo viene a posarse sobre sus rodillas... Cierra los ojos. Y cree que una mano desgarrar su traje.

TIN-TUN-LING.—Año 772-845.

La canción desgarradora.

Me decías:— «Envejeceremos juntos. Al mismo tiempo que los míos tus cabellos se pondrán blancos como la nieve de las montañas, como la luna de verano...» Hoy día, señor, he sabido que amas a otra mujer y vengo, desesperada, a decirte adiós.

Por última vez echemos vino en nuestras tazas. Por última vez cantemos la canción que habla de un pájaro muerto en la nieve. Después iré a embarcarme en el río Yu-Keu que divide las aguas para besar el este y el oeste.

¿Por qué lloran ustedes muchachas que se casarán? Muchachas que se casarán tal vez con un hombre de corazón fiel, un hombre que les repetirá sinceramente:— «Envejeceremos juntos...»

LI-TAI-PO.—Año 702-763.

Las dos flautas.

Una noche en que respiraba el perfume de las flores a orillas del río, el viento me trajo el eco de una flauta lejana. Para contestarle corté una rama de sauce y la canción de mi flauta acunó la noche encantada.

Desde esa tarde, todos los días, a la hora en que el campo se adormece, los pájaros escuchan el diálogo de dos pájaros desconocidos, pero de los cuales entienden el lenguaje.

LI-TAI-PO.—Año 702-763.

La joven desnuda.

Para ir a reunirse con su prometido bajo el gran sauce que está a orillas del río la joven se puso sus dos trajes más bellos.

Cuando el sol comenzó a declinar, aún charlaban tiernamente.

De pronto ella se levantó avergonzada porque no tenía su tercer traje: la sombra del sauce.

LI-CHUANG-KIA.—Año 1703-1758.

Paseo.

En filas negras los gansos silvestres atravesaban el cielo. En los árboles se veían nidos abandonados.

Las montañas parecían más pesadas.

Cerca de mi fuente encontré la flauta de jade que tú habías perdido este verano. La alta hierba la escondió a nuestra búsqueda. Pero la hierba ha muerto y tu flauta brillaba esta tarde al sol.

Pensé en nuestro amor que tanto tiempo estuvo oculto bajo los escrúpulos.

CHAN-WU-KIEN.—Año 1879.

El adiós.

El pájaro *yuen* y el pájaro *yang* nadan uno al lado del otro sobre el río Kin, que desliza sus aguas ondulantes hacia el norte. Cuando el pájaro *yuen* se detiene a la sombra de un árbol de la ribera, su compañera se detiene entre los rosales en flor. Los dos preferirían la muerte o el cautiverio antes que la huida, si al huir debieran separarse.

¡Adiós, señor de mi vida! Ningún río puede volver a su fuente, ni ninguna rosa puede volver al rosal que la dejó caer.

Las plantas no son insensibles, a pesar de la creencia general. ¿Qué fin tienen aquéllas cuya naturaleza es afectiva? La una vive y muere en el mismo sitio en que el viento dejó caer la semilla que la hizo nacer; la otra muere en el momento en que la arrancan del abrigo que escogiera. La naturaleza es clemente para la flor, y el hombre es cruel para la mujer que lo ama.

¡Adiós, señor de mi vida! Ningún río puede volver a su fuente ni ninguna rosa puede volver al rosal que la dejó caer.

En recuerdo mío guarda, señor, estas tres golondrinas de jade. Son las mismas que brillaban en mi peinado el día de nuestras bodas. En la noche límpialas con tu manga de seda. Y no enrolles nunca la estera en que me acariciaste... Deja que las arañas tejan sus hilos. Conserva siempre el bloc de ámbar en que posaba mi cabeza para dormir, permíteme pedirte que lo conserves siempre. Te dará sueños que te volverán al pasado.

¡Adiós, señor de mi vida! Ningún río puede volver a su fuente ni ninguna rosa puede volver al rosal que la dejó caer.

En tu cofre tallado olvidé mi pequeño abrigo de plumas. No lo pongas nunca en otras espaldas que las tuyas. En cuanto a mi espejo, mi espejo de plata en el cual el corazón se reflejaba como un rostro en el fondo de un pozo, tiéndelo seguido a tu nueva esposa para que él te ayude a conocer su corazón.

¡Adiós, señor de mi vida! Ningún río puede volver a su fuente ni ninguna rosa puede volver al rosal que la dejó caer.

La tempestad favorable.

Maldije la lluvia que resonaba en mi techo y me impedía dormir. Maldije el viento que destrozaba mi jardín.

¡Pero tú llegaste! Y dí gracias a la lluvia porque te hizo abandonar el traje mojado y dí gracias al viento que apagó mi lámpara.

CHAN-WU-KIEN.—Año 1879.

Pequeña fiesta.

Tomo un frasco de vino y me voy a beber entre las flores. Siempre somos tres, contando mi sombra y la luna brillante. Felizmente la luna no sabe beber y mi sombra nunca ha tenido sed!

Cuando canto, la luna me escucha en silencio. Cuando danzo, mi sombra danza también.

Después de cualquier festín los convidados se separan. Yo no conozco esa tristeza. Al volver a casa la luna me acompaña y la sombra me sigue.

LI-TAI-PO.—Año 702-763.

Mi traje.

Mi traje data de una época en que vivía un rey de la dinastía de los Tchin. Tantas lindas mujeres lo han usado para bailar que sus pliegues tienen una línea armoniosa, y tantas brisas lo han rozado, que está diáfano como una ala de mariposa...

EMPERATRIZ SI-LING-YUNG.—Año 729-753.

Una mujer fiel.

Os estoy muy reconocida, señor, por haberme ofrecido estas dos perlas. Mi confusión es extrema. Pero permitidme deciros que pertenezco a un hombre al cual he jurado fidelidad.

Tal vez no sabéis que los estandartes de mi familia flotan en el parque real y que mi esposo guarda la lanza de oro en el palacio de Ming-kuang.

Como no dudo de vuestra sinceridad ni de vuestro respeto,

he colocado estas dos perlas sobre mi traje de seda. Tomadlas, ahora. Y tomad también las dos lágrimas que tiemblan en mis pestañas.

¡Ah! No haberos conocido cuando era libre.

CHANG-TSI.—Año 800.

Una canción.

Una canción a lo lejos... Es un mendigo. Puesto que canta ese viejo que nunca ha poseído nada ¿por qué gimes tú, tú que tienes bellos recuerdos?

TU-FU.—Año 715-774.

La indiferente.

He tocado para ti en la flauta de ébano la melodía más apasionada, pero tú mirabas las mimosas sin escucharme.

Te dí una poesía en que celebraba tu belleza y la rompiste, arrojando los pedazos al lago, porque—según decías—no había nenúfares.

Quise regalarte un maravilloso zafiro, límpido y frío como una noche de invierno, pero lo conservé para que me recordara tu corazón.

WAN-TSI.—Año 314.

El loco.

Con grandes gestos se perdió en la noche. Parecía un segador de estrellas.

CHANG-WU-KIEN.—Año 1879.

Tres princesas.

En el país de Sin tres princesas, jóvenes y bellas, están sentadas en una playa blanca. Buscan con la mirada una nave que debe llevarlas muy lejos, más allá del horizonte, hacia una isla que debe existir y en la cual las mujeres son felices. El mar es azul.

En el país de Sin tres princesas, que ya no son bellas ni jóvenes, lloran, de pie, sobre la playa blanca. El mar es azul.

En el país de Sin tres princesas, viejas y sin voz, están en cucullas sobre la playa blanca. Juegan con la arena que se echan en los cabellos, creyendo que son flores los granos de arena. El mar es azul.

TA-KSU-FENG.—Año 300.

Siete pinturas en que sonrío mi hijo.

I. *El vuelo.*

Sólo pudo dar los primeros pasos con una naranja en cada mano.

Un arbusto resiste mejor al viento cuando está cargado de frutos.

II. *Su canción.*

Canta para dormirse. Inclínada sobre él la madre lo riñe dulcemente.

Pero él quiere antes dormir su canción.

III. *Los dos prisioneros.*

Al fin se apercibió de que la rana de jade estaba cerca de la puerta.

Fué a ponerla en la jaula en que trinaba su pájaro.

IV. *El fuego.*

Como las bestias de la montaña de Kao-chan, sólo le tiene miedo al fuego. El más pequeño de los tizones le espanta.

Debo decir que a veces quiere asustar al tizón dando un gruñido ronco.

V. *El espejo.*

Busca a su madre que acaba de salir. Levanta las esteras. La busca hasta en el espejo.

¡He aquí que salta de alegría! Se parece tanto a su madre que cree haberla encontrado en el espejo.

VI. *Las estampas.*

Ya sabe imitar el ladrido del perro, el mugir de la vaca y el rebuzno desordenado del burro. Reconoce estos animales en las estampas que le enseñó y los designa por sus gritos...

Es tan lindo mi niño, que los hombres y los animales de las estampas permanecen inmóviles.

VII. *El peregrinaje inútil.*

Los viajeros exaltan la belleza de una noche de nieve en Hua-chan, la música de la campana del crepúsculo en el monasterio de U-tchien, el color del cielo de Tsu-kiang, el encanto de una noche de lluvia en Wao-tei.

No iré a Hua-chan, ya que el cuerpo de mi pequeño es rosado como la nieve a la caída del sol; ni a U-tchien, ya que su voz es más emocionante que la campana de un monasterio; ni a Tsu-kiang, ya que todo un cielo lavado por la brisa está en su mirada... Pero, iré tal vez a Wao-tei, a fin de evocar cierta noche de lluvia en que una mujer concibió el niño que considero la doceava maravilla del imperio.

CHANG-WU-KIEN.—Año 1879.

El último viaje.

Haré un viaje y no llevaré mis pinceles. Voy en busca de la respuesta que no está en el canto del ruiseñor, ni en la sonrisa de la mujer, ni en el perfume de la rosa.

Os dejo mis poesías. Releedlas cuando el silencio del universo os obsesione, cuando tembléis de inquietud.

He celebrado el perfume de la rosa, la sonrisa de la mujer, el canto del ruiseñor, y jamás he trazado el carácter que significa la tristeza.

Una noche que miréis aparecer la luna sobre un almendro florido, tened un pensamiento para el poeta en el cual la tristeza fué tan grande, que partió en viaje al país de donde no se regresa.

CHANG-WU-KIEN.—Año 1879.

La última novela de Joaquín Edwards

ENTRE los escritores chilenos, tan apegados al terruño, casi todos ajenos al ajetreo de los viajes por tierras extrañas, salvo aquellos que, por razón de sus ocupaciones no literarias, han debido recorrer algunos países extranjeros, el caso de Joaquín Edwards Bello es curioso. Edwards Bello es un escritor viajero. Muy joven aún, ya conocía el viejo mundo y lo más importante del nuevo, y más tarde nuevos viajes lo han hecho atravesar varias veces el Atlántico. Algunos de sus afectos más profundos, las *afinidades electivas*, más poderosas que las impuestas por el azar de la sangre, tienen su raigambre en Europa. Esto ha hecho al escritor amar con singular entusiasmo esa especial cultura de la gente europea, nacida en una civilización vieja de siglos y dotada, por tanto, de un pulimiento interno de que no tienen noticias las bastas humanidades de este continente. A este género de cultura inaprendida se ha referido muchas veces el escritor chileno en sus artículos periodísticos. Con mucha razón juzga que es deber esencial nuestro procurar la formación de una cultura así en este suelo. Y con no menos razón afirma que el nacimiento de ella no es sólo cuestión de tiempo, como opinan los que no quieren ni esa ni ninguna otra cultura.

Ahora bien, los viajes ¿han hecho bien o mal al espíritu de Joaquín Edwards Bello? En términos generales, es innegable que

cualquier viaje hace bien a todo hombre. Posiblemente aumente su fatuidad el conocer algo más que el poblacho tendido a la sombra del campanario. Pero el viaje coloca en el espíritu del viajero una levadura de inquietud que tiene como fin último el progreso de la sociedad en torno. El viajero ve en el viejo mundo todo lo que no halla en el nuevo: tolerancia, amor intelectual, respeto a la inteligencia, comprensión y, por tanto, perdón mutuo, sentido estético afinado por los siglos, alegría, etc. Y es natural que desee encontrar, en término más o menos breve, iguales cualidades en su país. Por la falta de ellas la vida tiene en él una aspereza, una desarmonía que es característica de las sociedades de formación incompleta.

En lo que se refiere a la visión genérica de la sociedad chilena, los viajes han hecho mucho bien a Joaquín Edwards. Prueba de ello son sus artículos periodísticos. Ellos redimen en parte de su inmensa vulgaridad a nuestra prensa diaria, donde tienen más importancia un *shoot* afortunado en el *football* que un descubrimiento científico o que la producción de una obra de arte. Es curioso que la prensa chilena, sin haber alcanzado el perfeccionamiento técnico de la extranjera tenga, en cambio, todos sus defectos y ninguna o casi ninguna de sus virtudes.

Un artículo de Joaquín Edwards es, por lo común, una ventana abierta a un mundo futuro. Su panorama de la vida chilena es tan distinto del que ven nuestros ojos, que es preciso confesar que sólo un inquebrantable optimismo puede mantener viva en el autor la fe en la realización de tantos ideales. Pero ese optimismo tiene también sus caídas, y no podría ser de otro modo. Muchas veces la tinta del escritor está ácida de emoción y de inquietud. Un alma sensible se advierte en el periodista a quien la realidad acorrala y tiende a destrozar. Hay más en él. El calor de su tono, semejante al de una prédica cordial, a veces plañidera, ya indignada o desdeñosa, impide ejercer una severa fiscalización crítica en tales trabajos. El estilo periodístico no se distingue en parte alguna, y en Chile no se hacen excepciones de ese género, por su esmero ni elegancia. ¿Por qué los artículos de Joaquín Edwards iban a ser más pulcros que los

de otros periodistas? Por lo demás, el diario se lee en la mañana, y a la tarde ya está olvidado. A las pocas horas de leído mueren las impresiones y sensaciones más directas que pudiera haber provocado su lectura. De todo ello queda algo como la esencia, lo más sutil, tan sutil en ocasiones que parece ser un sueño de fragancia; algo como el vaho oloroso que despiden las hojas impresas minutos antes. No el mayor o menor valor literario de las frases; de ninguna manera la lección—positiva o negativa—de sintaxis o de estilo.

En lo que se refiere al manejo de la lengua, no cabe duda que los viajes han hecho mucho mal a este escritor de tantas condiciones nativas. El habla cosmopolita de los vapores y hoteles, y la conversación y hasta la escritura de cartas en francés e inglés, han impregnado su estilo de rumor de muelles y estaciones. Piense el autor en lo que diría su ilustre bisabuelo don Andrés Bello, primer tratadista científico de gramática en lengua castellana, si leyera una sola de sus páginas. Hay en ellas tantos galicismos de construcción, de pensamiento y de palabra, tantos solecismos y barbarismos intolerables, tantos chilenismos plebeyos y, a veces, desagradables, que cualquier crítico, por poco purista que sea, los tachará de efectivos tropiezos literarios. No somos extraordinariamente exigentes en materia de corrección literaria. En país como Chile, desprovisto por más de treinta años de estudios humanísticos dignos de tal nombre, no se puede pedir mayor corrección que la del común de los escritores nacionales. Y si se piensa que en la mayoría de los demás países americanos la literatura anda aún más decaída en materia de gramática y de propiedad lingüística, el consuelo sigue a la lectura de la mayor aberración sintáctica cometida entre nosotros. La corrección gramatical nos parece una cualidad negativa, no positiva. En efecto, un escritor puede escribir con mucha fluidez y con casticismo apreciable, pero si dice tonterías, es lógico confesar que nos encontramos ante un mal escritor. La corrección no le salva del peor juicio que puede merecer un escritor: que su lectura no interese. Otro, en cambio, podrá empedrar su frase de todo género de defectos, pero si lo que

dice es interesante, tiene ganada por lo menos la mitad de su causa. Es inevitable que lo tengamos que leer, tal vez con desagrado del oído, por sus incorrecciones, pero sin duda con provecho y hasta posiblemente con admiración.

Hay, sí, una tercera categoría: la del escritor—generalmente autodidacto—que comete tantas infracciones contra el buen estilo, contra la gramática, contra la lógica, contra todo, que el valor negativo de su estilo puede pesar tanto, por lo menos, como sus opiniones e ideas. En este caso el juicio vacila en una indecisión singular. Con un poco menos de incorrección, tal escritor sería francamente admirable. Lastrado con menos ideas, perverso de todo punto. Y como no todos los momentos de creación literaria son igualmente afortunados, no es raro que tal escritor nos parezca, ya admirable, ya perverso.

Es el caso del señor Edwards Bello.

* * *

Esencia de sus viajes por España, más aún: de sus largas estancias en tierra española, es la última novela de Joaquín Edwards Bello, «El Chileno en Madrid», recientemente aparecida. ¿Es este libro propiamente una novela? ¿No es más bien un canto lírico encendido de fervoroso amor a la raza española? ¿No es una poética loa a las virtudes familiares, a los vicios y cualidades más excelsos de la gente peninsular? La acción de la novela es poco cuantiosa, y podría reducirse a un cuento de proporciones regulares. Los personajes son relativamente escasos, y, descartados los puramente episódicos, los que no agregan nada sustantivo a la novela y sirven sólo para completar la noción del ambiente o para tejer con ellos fábulas anexas, pueden reducirse a una media docena. Pero así y todo, esta obra place como novela y como novela se lee y se admira. Apenas se concibe que el autor hubiese podido desprender de ella algunas páginas. Todas tienen allí su objeto, unas veces novelesco, otras lírico, episódico las demás.

¿Hasta qué punto es autobiográfica? Difícil es decirlo. El au-

tor ha vivido mucho en España y posiblemente algunos de los lazos que en la madre patria se ha creado el protagonista, sean también los que atan al autor con España. No se explica de otro modo el entusiasmo cordial, la simpatía húmeda y calurosa, el amor de cada momento, la pasión arrebatada y sincerísima que por España rebosa este libro. A cada instante el protagonista habla íntimamente o el autor divaga por su cuenta desarrollando, siempre con delectación, el mismo tema, o dos o tres temas afines. Su españolismo es radical, es medular. Más que el personaje central parece servir de eje al libro este amor a España, presente en cada detalle. El autor ama a España con todos sus defectos; y quién sabe si precisamente porque sabe que los tiene, la ama de tal manera. No se concibe, en efecto, otra forma de aprecio al pueblo español. Imposible parece que al país que nos dió, sin reserva alguna, lo mejor de sus hijos en los días de más alta gloria alcanzada por él, se le quiera con amor tibio, condicional y poco franco. O se le quiere arrebatadamente, o no se le quiere.

El chileno en Madrid es Pedro Wallace Plaza, hijo de padres de ascendencia inglesa y española. Y este Wallace, si es británico por algunas salientes de su espíritu, por su educación social, por su independencia de maneras y de puntos de vista, es profundamente español por todo lo demás. Este solo hecho bastaría para persuadirnos de que nos hallamos, si no ante una novela enteramente autobiográfica, por lo menos ante una obra en que el autor, queriéndolo o no, habla por su cuenta y atribuye a sus personajes sus propios sentimientos, manifestados por lo demás en múltiples ocasiones. Wallace ha vivido en España y ha tenido allí un hijo, abandonado con su madre a los dos años de edad. Vuelto a Chile, Wallace hace fortuna y un día siente la nostalgia de los besos de su hijo y de la presencia de su madre, y aunque desde su vuelta a la patria no ha tenido noticia alguna de ellos, confía en hallarlos. En su viaje a España, Wallace se aloja en una pensión humildísima, en que conviven un cura y un carterista («punga») junto a la hija de la dueña de casa, Carmencita, linda y fresca muchacha

que recuerda a Wallace a su Dolores tanto tiempo perdida. Mediante este expediente, el autor nos presenta un Madrid de barrios bajos, sombrío tal vez por los recursos aviesos de que echa mano para vivir, pero brillantísimo y jugoso de todo lo que España llama, con expresiones irreemplazables, *majeza* y *trapío*. Y esta pintura es, sin duda, lo mejor del libro.

Las novelas madrileñas que habíamos leído tocaban por lo general con despego el mundo humilde, que vive en la sombra y lucha con la vida como el torero en la arena. Sólo Pío Baroja había dedicado una trilogía entera, «La lucha por la vida», y algunos fragmentos desperdigados en muchos libros, a esta parte de la vida madrileña. Pérez Galdós, también dibujó cuadros madrileños de la vida cochambrosa con el vigor y energía que fueron sus inseparables auxiliares. Hay, en el fondo, cierto parecido entre las obras de Baroja y este «Chileno en Madrid» tan robusto y tan personal. Hay, por lo pronto, el parecido de la materia. Ambos escritores buscan los mismos tipos, un poco al margen de la sociedad común y a veces en abierta pugna con sus normas orgánicas. Pero, en lo que más vale en una obra literaria, en el estilo y la cantidad de simpatía que el autor ha puesto al crear sus personajes y, luego, al moverlos en el tablado de su obra, Baroja y Edwards Bello se apartan decididamente. La sequedad vasca de Baroja está muy lejos de la exuberancia y lozanía de Edwards Bello, que todo lo mira con simpatía y todo lo disculpa con una sonrisa. Si la novela es tan autobiográfica como hemos supuesto, no se sentirá el autor denostado si atribuimos a su semitismo esa efervescencia lírica que convierte su libro más en un poema que en una novela. Baroja mira ceñudamente la realidad y la transcribe sin fuego. Edwards Bello la contempla arrobado, embelesado, casi extático; y la refleja deformada en mil aspectos que convergen a darle brillo y atracción. No es, pues, una diferencia de rango la que hay entre los dos novelistas, aunque seguramente una dosis más que mediana de lirismo estorbe, en toda novela, la marcha puramente novelesca del libro. Es una

diferencia de sensibilidad, que no amengua el valor de ninguno de los dos en beneficio del otro.

Hay dos libros a los cuales puede compararse, con más seguridad de dar idea de su contenido, este de nuestro compatriota. Es el primero, cronológicamente, «El embrujo de Sevilla», de Carlos Reyles, escritor uruguayo. Pocos libros americanos han logrado éxito comparable al de éste en España. Sevilla exuda allí su agria sensualidad hecha de danza y de religión. Todo el libro es, como el de Joaquín Edwards para Madrid, un canto a la ciudad andaluza. La majeza vive con tan fuertes pulsos en Sevilla como en Madrid, y posiblemente con la complicidad del sol, que si está enamorado de España—como dice Edwards Bello—prefiere Sevilla a Madrid, alcanza su máximo esplendor, el zenit de su gloria en la capital de Andalucía. En suma, «El embrujo de Sevilla» y «El chileno en Madrid» se completan, y si éste no alcanza en España el éxito que ha conseguido el primero, ello se deberá, principalmente, al estilo, de que luego hablaremos.

El segundo libro que se puede relacionar con «El chileno en Madrid» es obra de un norte-americano, Waldo Frank, y se titula «España virgen». Dicen que Waldo Frank es de origen judío, y algunos párrafos de su obra convencen de la veracidad de esta información. Se necesita tener algo de oriental en el alma y descender de quienes vivieron siglos en España, país que llegaron a considerar tan gustoso como la misma tierra prometida, para sentir por España entusiasmo como el de Frank. Más aún: para entender de manera tan genial, tan decisiva, el espíritu español y sus vicisitudes de centurias. Waldo Frank puede jactarse de haber llegado, en su inquisición del alma española, a donde no llegó ninguno de los extranjeros que han visitado España. Desde las alturas de «España virgen» se miran con desdén las aproximaciones, convencionales y hasta ridículas, de cuantos fueron a España con ojos de espía y escribieron luego cosas sin alma, en que posiblemente haya parecido externo con el modelo, pero no esa comprensión íntima que se respira en la atmósfera del libro de Frank. Y este libro es tam-

bién un canto a España. Épico y marcial cuando lo inspiran sus días de gloria. Fúnebre, aunque no desprovisto de esperanzas, cuando mira a la decadencia de ayer y de hoy.

Pues bien, más de uno de los capítulos de «El chileno en Madrid» recuerda vagamente el espíritu de «España virgen»*. No de esa manera obstinadamente fiel del repetidor o del rapsodista sin aliento propio, sino con el inevitable parecido de libros que tratan temas idénticos y han sido escritos por hombres que, en cierta manera, podemos considerar fraguados de modo similar y dotados, por tanto, de espíritus vinculados por estrechos parentescos.

Para quien haya leído los libros de Reyles y de Frank, «El chileno en Madrid» puede ser filiado con precisión absoluta. Es, en efecto, un libro inspirado por el amor a España; no por un amor condicional y aleatorio, como ya hemos dicho, sino por un amor rendido y formidable, amor familiar, amor de casta, pasión desatada que convierte en motivos de cariño hasta los defectos y, si es necesario, ama en el objeto preferido, España en este caso, las mismas virtudes que en otro pueblo consideraría vicios o deformidades. Y este acto de amor a España, ¿cómo podría ser desdeñado en la propia tierra que lo inspiró? No parece posible. Hay, sin embargo, en «El chileno en Madrid» algunos detalles que el criterio español seguramente no dejará pasar sin reproche. Nos referimos al estilo.

Por lo común, el señor Edwards Bello escribe como habla, con fluidez espontánea, sometida al control de un minimum de arte. Escritor de más sentimiento que pensamiento, más entrañable que cerebral, no atiende sino a su humor del instante, al caudal de la inspiración del momento, al hacer sus artículos periodísticos. Hemos dicho ya que esto da a sus trabajos cotidianos una desigualdad curiosísima. «El Chileno en Madrid», como obra de más aliento, tiene sin duda algunas fallas en que se nota el cansancio de la pluma y para las cuales un severo

* V. pág. 119 de «El chileno en Madrid» y pág. 217 de «España virgen»; además pág. 223 y, en seguida, la descripción de Madrid, trozo de los más bellos en el bello libro de Frank.

purista pediría corrección y lima. Lo que no desfallece nunca, a nuestro entender, es la armonía interna, tan poderosa, que cualquier reparo del estilo o de la lengua se anula y contrasta con cualidades de mucho mayor valor.

En este caso se encuentra la descripción del panorama que, a los ojos de doña Paca, la dueña de la pensión, presentaba el continente americano (pág. 44). Otro tanto cabe decir de la risa lujuriosa de un personaje episódico que, «en la pechera sin corbata, quedó como un murciélago en una sábana» (pág. 79). No menos valor tiene un comentario que hace el autor a una frase de don Miguel de Unamuno sobre los vascos chilenos. «Esos vascos desgajados—escribe Edwards Bello (pág. 121)—dieron a la sociedad chilena la aridez espiritual que hace la vida como un *cinematógrafo sin música*». ¿Y qué decir de la acertadísima descripción de los caracteres espirituales de América, y especialmente de Chile, en comparación con los europeos (págs. 157-8)? Pero sería muy largo hacer un recuento de las expresiones felices, de los rasgos animados y brillantes que esmaltan este libro, lleno de aciertos, de la misma manera que otros anteriores del autor estaban erizados de crudos chilenismos, de violaciones inaceptables de la sintaxis, de la lógica y de los más elementales principios de estilo. La esgrima diaria del periodismo posiblemente no dé esa «*musculatura bárbara*» que dió a un médico argentino la esgrima del Jockey Club, pero permite al autor captar cada día un nuevo secreto literario. No precisamente tal vez los más exquisitos, los flaubertianos, los queirozianos, pero sí los que de manera más segura atraviesan la gruesa epidermis del público lector de diarios y se clavan en su cándido corazón. «El chileno en Madrid» conserva algo del calor de improvisación de los artículos periodísticos del autor. Está, en general, mejor escrito que los más esmerados de ellos, pero seguramente, para el paladar español, hecho a expresiones más castizas, tendrá el agridulce de lo no bien sazonado.

Pocas veces el menester de la crítica coloca en la grata obligación de alabar sin reservas, de admirar con entusiasmo.

Cuando llega ese caso, bendecimos el día en que entramos al trato de un libro que de tal modo sacude nuestra sensibilidad. Y el día en que leímos «El chileno en Madrid» no sólo debe ser bendecido sino también calificado de privilegiado. Se nos probó entonces que Chile contaba con un nuevo gran novelista, cuyos progresos en el género causan legítima admiración, y que la lengua española tenía en Edwards Bello un remozador, si extraviado a trechos, pletórico de fuerzas, y de tal modo henchido de las visiones recogidas por su ávida pupila de novelista, que «El chileno en Madrid» nos parece ser sólo la primera en la serie de muchas novelas que quisiéramos ver escribir a Edwards Bello.

Y este deseo, ¿no será también el del autor?

Carlos Préndez Saldías

Hombre



OMBRE, aprende a vivir. Quema tus ojos
en un largo mirar
todas las maravillas de la tierra.
La montaña, el cielo, el mar.

Un solo beso a la mujer amada.
Y bendice al rosal
porque te dió una rosa perfumada.
Un beso y una flor; no pidas más.

Busca para vivir una alegría
que no sea fugaz,
y tendrás un asombro cada día.
Búscala en tí; los otros no la dan.

Vive tu vida solitario y fuerte,
con la serenidad
de los ríos que van hacia la muerte
y que cantando van.

Que ningún hombre puede entristecerte.
Es esa toda la verdad.

* * *

Hombre, aprende a morir. Cierra los ojos
y déjate llevar
en el ancho regazo de la muerte.
Ni que sufrir ni preguntar.

Haya en tí laxitud para la entrega
del abrazo fatal,
que da más sombra el árbol si se llega
cansado de caminar.

Piensa que no es morir una amargura
como el dolor humano de pensar.
La muerte no es tristeza ni dulzura.
Tal vez sea olvidar.

Y olvidar, olvidar cuando has vivido
en un perpetuo recordar,
tiene sabor a fruto prohibido
y a mujer sin besar.

Hombre que el bien y el mal has conocido,
muere con la lujuria de ignorar.

Manuel E. Hübner

Tres capítulos de una novela

Mi abuelo

MI abuelo era corto de piernas y excesivamente musculoso, hecho como de nudos tejidos. Enarcaba la inmensa espalda al andar, dejando caer los brazos larguísimos y apoyándose en ellos como en dos balancines. Era una marcha oscilante, de ángulos sucesivos, casi a cuatro pies, evitando mareas imaginarias en tierra. Era todo un orangután visto de lejos, mi abuelo Gunnar. Y esto era aún peor cuando estaba bebido.

Tenía una cabezota imponente, roja y abotargada, con un cuello rebosando sangre y tan grueso que le unía el occipucio a las gigantescas espaldas. Por lo demás, sus ojos excedían a cuanto pudiera pedirse; ojos pequeños y ágiles, del color del pedernal, coleteando como peces bajo el alborotado cañaverl de las cejas. La boca, evidente, de labios apretados, el cabello antes rubio y ahora blanqueado a manchones cenicientos, y su nariz, una soberbia nariz de tres montes, roja, de venas reventadas y como hecha de prisa, completaban su fisonomía. No puedo—por no fatigarlos—olvidar el resto de la cara de mi abuelo: una pipa corta, oscura, de fresno oloroso, muy gastada ya, cuyo encanto mayor estaba en su olor especialísimo, suficiente para llenar la infancia de un centenar de niños más fantaseadores.

Mi abuelo se definió por dos cosas majestuosas y fenomenales: su fuerza prodigiosa para triturar pequeñas piedras de

río entre sus dedos cortos y velludos y, sobre todo, una canción bárbara y alegre que cantaba con voz atronadora cuando el aguardiente le espumaba en los labios y hacía saltar una lluvia de chispas de sus ojos color de pedernal. Un día me explicó que era «la canción de los hombres de Lotafors cuando vuelven del lago». Aunque esto nada me dijo, la maravillosa canción continuó siendo cada vez más bárbara y brutal para mí. Siempre, y no sé exactamente porqué, oía con toda claridad en ella el chocar de las patas de los caballos en la nieve y el estruendo de los vasos de estaño, en el brindis de los caballeros alegres, con las espesas cotas de malla y las espadas cortas teñidas de sangre. Y muchas veces, ahora que soy un hombre gastado y maduro, quisiera saber—para echarla a rodar a gritos sobre los días iguales—«la canción de los hombres de Lotafors cuando vuelven del lago».

Bueno, este es mi abuelo, Gunnar Berg, décimonono de los Berg de Biörne, en el Leuven, cerca del Vermland. Comprendo muy bien que ya he hablado demasiado sobre él. El tiempo de Uds. vale tanto como el mío, pero era necesario mostrarles de cerca a mi abuelo para que aprendieran a amarlo como lo amé yo y para que así pudieran tenerme alguna simpatía a mí, Arne, vigésimoprimeros de los Berg de Biörne, en el Leuven, cerca del Vermland.

Mi padre

Ahora es indispensable presentarles a mi padre. A la verdad, yo no sentí nunca ningún entusiasmo por él. Mi abuelo con su olor a aguardiente y su chaqueta de cuero llenó demasiado mi infancia. Mi padre no llevó jamás en sus hombros ninguna de aquellas bengalas hacia donde vuelan las manos de los niños. Cuando pude haberlo querido ya era demasiado tarde para ver en él otra cosa que no fuera el mismo.

Mi padre se llama Cristián y pertenece, como mi abuelo y como yo, a los Berg de Biörne, en el Leuven, cerca del Vermland. Para ser sincero, tendré que decir que eso siempre lo tuvo sin cuidado. Nació moreno, casi cobrizo, con el color de

las hojas del tabaco antes que las trituraren. En su mediana estatura, en sus espaldas sin esfuerzo y en sus músculos nudosos como parras podía reconocerse, con algún trabajo, al abuelo. Sobre todo, los ojos, de un azul de frío, soberbios y rutilantes como escudos. Nada más debería contarles si no fuera su aversión instintiva al mar y el grande y sostenido dolor que eso le causó siempre a mi abuelo. Durante toda la adolescencia de su hijo el abuelo avizoró ansiosamente esperando sentir al mar con su estrépito ronco de algas y de caracoles. Su espera fué inútil como la de los vigías que acechan desde las cofas el pescado lejano y azul de una costa cualquiera. Mi padre amaba las montañas, los árboles y todo lo que persiste en la vida. Esto hizo derrumbarse para siempre uno de los sueños más caros del abuelo: la pesquería en la caleta de El Membrillo con el mar hervido de barcas y las tardes suspendidas entre los aparajos.

Mi padre fué siempre infatigable y recto como una proa. De niño era quieto y voluntarioso y consiguió cuanto se propuso yendo más allá de su deseo y la repetición de su deseo. Conservó de hombre una decisión fría. Me fué imposible darme cuenta si las ambiciones de la gente de tierra llegaban también hasta su corazón alto y erguido, pero puedo afirmar, en todo caso, que acertó siempre que lo quiso, las certeras boleadoras de su gran voluntad. Cada vez que mi padre derribaba altas vacilaciones, mi abuelo se contentaba con extraer de su chaqueta de cuero el olor del mar y el nombre de las aldeas del Leuven.

Decía también mi abuelo que el nombre de Cristián no cabía de ninguna manera en el corazón sin caminos de mi padre. Esto era muy claro para mí y en vano dilapidé algunas noches de mi infancia en colocarle a mi padre, debajo de su nombre, unos deslumbradores bigotazos rojos y un grito de guerra, estentóreo y penetrante, despertando los gorriones en el bosque de alerces y de pinos que denuncia desde lejos a Lotafors. Verdad es que me era penoso su color de cacharro peruano, y pronto adiviné que mi infancia no podría asomarse jamás al balcón de

aquellos ojos sin ventanas, resbalando encima del sueño como las estaciones desde los trenes expresos. Y era por eso—siento que Uds. me comprenden bien—que corría hacia los ojos de mi abuelo, llenos de respuestas y de corazón. Verdaderamente, era muy hermoso trepar por sus miradas seguras y asomarse desde allí, igual que un torrero, a la soberbia nariz de tres montes oliendo a ron y a lejanía.

Pero volvamos a mi padre, al que quisiera desvestir pronto en palabras cordiales y dejarlo hablando, así, de repente, y que oyeran Uds.—con la misma sorpresa que yo—su voz mate y aplastada debajo de las palabras como esos insectos que hierven bajo las piedras de las murallas mojadas.

La tienda.

Mi padre medró pronto y a pesar de su corazón indefinible y la exacta correlación de su esperanza y su deseo, vino, precisamente, a hacer fortuna en algo que entusiasmó a mi abuelo y fué como un aceite perdurable para la lámpara encendida de mi infancia.

Y he aquí que se trata—oh dicha—de la tienda, de la gran tienda de mi padre. Llegó después a tener un centenar de chimeneas a su servicio. Para mí será siempre la tienda de la calle Vivanco, cerca de la Aduana, esquinando el callejón Argomedo, con sus paredones colorados, su gigantesco escaparate, su acera de tablones podridos y la escalera de travesaños verdosos que conducía a la gran sala subterránea. Realmente era hermosa con su largo mostrador negro y sus vitrinas de corredera donde gesticulaban al atardecido grampas, drizas y otros objetos maravillosos. Recuerdo el piso de tablas rojas y juntas de brea y las cuatro lámparas de parafina de los extremos, con sus globos enormes de porcelana blanca. Aquello estaba siempre oscuro durante el día. La luz de la calle bajaba la escalera vestida de gris y embozada en la niebla marina. Cierto es que olvido algunos tragaluces enrejados, abiertos a flor de calle, por los cuales entraba una claridad mortecina, interceptada generalmente por las suelas llenas de barro y las habla-

doras botas de los que preferían la acera izquierda del callejón Argomedo.

En los días de temporal mi padre las tapiaba cuidadosamente con trozos de lona, y no había nada más triste que los dedos de vidrio de la lluvia castañeteando su pena en la acera de tablones podridos mientras las cuatro lámparas de parafina ardían temblando su asustada llama. Entonces era terrible la tienda subterránea, negra y asfixiada como una sentina. Los barcos extranjeros bailoteaban en la bahía taladrando el cielo bajo con sus desesperados lamentos. La lluvia quebraba con rabia sus cruces de vidrio en el agua sucia y efervescente. Amarillo, gris, negro, ciego de rabia, el mar desplegaba en fila de batalla sus iracundas olas, arremetiendo, pateando, destrozando el malecón con su piqueta furiosa de minero enloquecido.

Siempre faltaba mi abuelo en esos días solemnes y mi terror llegaba al colmo, apretujado contra los ojos vacíos de mi padre, huyendo de los relámpagos que entraban como ladrones por los pequeños tragaluces, tapándome los oídos para no escuchar las flautas frenéticas del viento y los roncros asaltos del mar.

Ahora recuerdo no haberles dicho nada acerca de las industrias de mi padre. Eran los cordeles, las jarcias, las velas y los aparejos para barcos. Así lo detallaba en letras aburridas un pequeño letrero que introducía como un criado a la querida escalera de la sala subterránea. También estoy pensando en la bodega donde se guardaban las existencias de la tienda y mis primeros terrores de niño. Era un hacinamiento de cables y de cosas confusas que en la oscuridad adquirían terribles proporciones, sobre todo cuando el viento, silbando entre los barrotes de un diminuto tragaluz, se paseaba a pasos desmesurados e impacientes por la oscura bodega. Recuerdo, entre otras cosas, varios cabrestantes en cruz que enrollaban cables de todos los gruesos y un diminuto palo de mesana con un mastelero, un foque y una cangreja, todos ellos minúsculos y maravillosos. ¡Velamen inolvidable de la infancia mía, trepado a ti alcancé a divisar muchas veces, con las manos en visera sobre los ojos

absortos, muy a lo lejos, los fiordos de Suecia, metálicos, verdes y soñando!

He guardado intencionadamente para el final la única cosa que me era imposible soportar en la maravillosa tienda de mi padre. Era el rótulo de la tienda, horriblemente resquebrajado por el calor y la lluvia vieja, de un ocre de papagayo donde decía en letras verdes, gordas y exasperantes «Santibáñez y Berg» y más abajo, en pequeñas letras azules «Cordales-lonas-aparejos». Me exasperaba ese nombre de Santibáñez, con olor a percala, empinándose, muy satisfecho sobre la punta de los pies, junto al soberbio nombre de mi padre.

Nunca me pude explicar cuando niño y mucho menos ahora que soy un hombre maduro que padece de tos, por qué no decía ese letrero: «Cristián, de los Berg de Biörne, en el Leuven, cerca de Vermland». Cuando mi abuelo se impuso de esta reflexión mía, vi encenderse sus ojos de las más orgullosas satisfacciones.

No debo ocultarles tampoco aquella vez en que ambos nos pusimos de acuerdo para derribar el infame letrero, en una noche de temporal, mientras el viento soltara sus perros de caza y la lluvia arreciara a grandes perdigonadas sobre la desierta calle Blanco. El viento y yo bailaríamos a patadas furibundas sobre las letras verdes, mientras que él, Gunnar Berg, cantaría con rabia y a voz en cuello «la canción de los hombres de Lotafors cuando vuelven del lago».

A. Labarca Hubertson

Un novelista pedagogo: H. G. Wells

TRADUCE a su medio y a su época. Es lo que se ha repetido de muchos autores con elogio holgado. Aplicarlo a la obra de Heriberto Jorge Wells paréceme cosa pequeña. Este hombre no me produce la sensación de que discurra sobre nuestros asuntos como un impasible testigo. Es un actor en nuestro drama y al lado de nosotros le sentimos luchar denodadamente. En sus postreros libros mueve personajes que sufren de nuestras propias tribulaciones y en medio de sus apasionantes cuitas, escuchamos a Wells que perora, conmina y profetiza.

Las cuestiones pedagógicas le han desvelado al igual que a todos nosotros. Este afán educador es uno de los subproductos de la guerra del 14. Olió a podrido en la humanidad. Políticos y pensadores, redondos los ojos de terror, rezaron un *mea culpa* e hicieron promesa de reformar el mundo, principiando, naturalmente, por esa incubadora de niños de la cual tantas frases grandilocuentes se pronuncian en los discursos oficiales, y nos aseguraron que de una escuela reformada iba a surgir esta vez, bella y sin pecado, la fauna humana del porvenir. La reforma integral e instantánea de los sistemas didácticos ha sido una panacea que están recetándose hoy muchos pueblos dolientes...

Wells ha comprendido a la vez la trascendencia del problema y sus inauditas dificultades. A ventilarlas ha consagrado

tres obras. *Sanderson, un gran maestro* es la exaltada pero verídica biografía del director que trastornó las formas arcaicas del colegio de Oundle con toda la acometividad y la abnegación de un apóstol. Es un texto didáctico y como tal le he analizado en una obra de índole semejante. *Nuevas orientaciones de la Enseñanza*.

Los otros son novelas: *La llama inmortal* y *Juana y Pedro*.

El primero es el libro de Job de los educadores, el que nos introduce en las congojas mortales de un maestro que siente con terror bambolear el edificio de toda su vida. El segundo considera la cuestión desde el punto de vista de quien busca para sus niños la mejor escuela y tarda en encontrarla.

Dije tres; mas estoy por añadir un cuarto libro que, aunque no establece claramente que tiene por preocupación la docencia, es en el fondo una novela que complementa la ideología de las ya citadas: *La Investigación Sublime*.

LA LLAMA INMORTAL

Dios y Satán prologan, de imprevista y desconcertante manera, esta novela del siglo XX. Sus figuras, el espacio infinito en que se mueven, los temas que abordan, están pintarrajeados con una grandiosidad humorística que entre burlas y veras dejan silenciosamente escurrir el símbolo:

Había en el país de Hus cierto hombre llamado Job.

—Sí, nos acordamos de él.

—Hicimos una especie de apuesta—continuó diciendo Satán...—. ¿He perdido o ganado?

—Vos perdisteis, Satán—gritó una gran figura luminosa que llevaba un libro en la mano. Tratábase de saber si Job renegaría de su fe en Dios y le maldeciría. Se le afligió de mil maneras y en particular por la conversación de sus amigos. Pero en el hombre hay una llama que no se extingue nunca...

Satán reclinó el sombrío rostro sobre su mano y contempló entre sus rodillas, a través de la techumbre transparente, el pequeño remolino de éter que constituye nuestro mundo.

—Job—dijo,—vive aún. Luego, tras una pausa, agregó: Ahora el mundo entero es Job.

Dios, Satán y el Mundo. Entre la infinita variedad de hombres, Wells echa mano de un director de escuela para esculpir a este nuevo justo. Acaso porque entre los maestros de encendida fe sean muchos los que en estos minutos tempestuosos elige Dios para probar con miserias, desengaños y dudas.

El personaje de *La llama inmortal* es nuestro antiguo amigo, Sanderson, el del colegio de Oundle, que aquí, novelizado, se apoda Mr. Job Huss, rector del establecimiento de Woldings, tanton. Después de haber gastado sus más fecundos veinte años en el mejoramiento de la obra educativa, Mr. Huss vive el instante de la suprema prueba. Intentan arrebatarle la dirección de su escuela, por estimar que sus ideales y sus métodos han fracasado, en circunstancias de que aún no cicatriza su duelo por la pérdida de su hijo en la guerra, de que se siente enfermo y constreñido a someterse a una intervención quirúrgica de pronóstico muy poco esperanzado y—lo que también es difícil de sobrellevar—que su mujer, a quien la muerte del hijo ha vuelto gruñona y neurasténica, le acosa con esas menudas e insignificantes querellas que bastan ellas solas para amargar cualquier vida....

Como el Job del país de Hus, vacila. Para qué vivir, si como profirió éste, «el hombre, nacido de mujer, corto de días y harto de sinsabores, sale como una flor y es cortado, y huye como la sombra y no permanece»? El suicidio tentador le alucina:

«Simulando bañarse se hundiría en el légamo hasta las capas más profundas. Se comportaría entonces como un hombre presa de un calambre... Lo más, cinco minutos de asfixia; luego, la paz; la paz eterna! ...No—se dijo en súbito acceso de energía—; lucharé hasta el fin!».

La novela carece de trama. Es nada más que la controversia vehemente del maestro con los tres amigos que, por móviles egoístas distintos convergen en pulverizar su fe. Sus ideales habrían sido falsos y sus métodos estériles. (Entramos de lleno en una discusión pedagógica mas, antes de examinarla, consideremos un instante el tipo de hombre que Huss representa.)

Falta escribir la tragicomedia del maestro, por humilde, repetida y vulgar, no menos dolorosa. *La llama inmortal* nos revela sólo alguno de sus aspectos. Sueña en dirigir por los caminos que cree los mejores el alma creciente del muchacho, y se consuela de todas sus pequeñas miserias, recreándose en la visión de las virtudes futuras en que va a florecer su alumno, y cuando menos lo espera, una predisposición oculta, un pasajero encuentro, un suelto del periódico, un trozo de celuloide proyectado en la pantalla, minan secretamente toda su obra.

¡Y luego, la cárcel del ejemplarismo! El reconocerse, como todos, lleno de pasiones, desde las primitivas que soliviantan los grumos seculares, hasta las epidérmicas que una visión de arte conforta y que una nada irrita, y vestir, sin embargo, ante el interrogatorio de las transparentes pupilas de los niños, la capa del hombre ejemplar. La disciplina del carácter, el enfocamiento de todas las energías espirituales sólo hacia lo que le permite una sociedad que es a un mismo tiempo su ama, su censora y su inferior; el continuo alisarse todas las rugosidades para planear magníficamente por encima de la ira, del despecho, del apasionamiento, todo ello sería posible cuando al servicio de un ideal tangiblemente definido, campease una voluntad que no desmayara jamás. Es decir, precisaría ser héroe o santo. Madera para tallarlos escasea en el mundo.

¡Trágico destino el de aquél que comprende las exigencias de su misión y se mira incapaz de cumplirlas; grotesca creatura la que se cubre con esas casullas santificadas para ocultar el pobre diablo que es!

Y como canta Darío: «Y la carne que tienta con sus frescos racimos», y la sociedad que incita a la idolatría del becerro, y la juventud que se vive una sola vez!...

Así andan fabricadas las tentaciones con que Job se sublimiza. No son éstas, sin embargo, sus más ácidas pruebas. Es la congoja de sentir que flaquea la convicción en la virtud de la propia obra, el vislumbrar un instante que tanto sacrificio ha sido sin fruto. Es el trance que elige Wells para ponernos en comunicación con el maestro de Woldingstanton.

Discute desesperadamente. En la posibilidad de encontrarse a un paso del más allá, enfrentando todo su destino, intenta apartar de sus labios la copa de la desilusión vital, que sería peor que la muerte. Pasa revista a sus convicciones como un oficial que cuenta uno a uno sus soldados; los examina, los defiende hasta convencerse él mismo de que no son falaces ídolos de cartón.

Estos ideales de vida que cimentan su obra educadora están, en parte, derivados de las doctrinas pregamatistas de William James y en otra constituyen una curiosa versión moderna de las antiguas enseñanzas estoicas. Al americano le debe su entendimiento de la divinidad, el creer que el universo que habitamos está aún en su génesis, que Dios no ha concluido todavía su obra creadora y que ha señalado al hombre la tarea divina de colaborar con Él en el advenimiento de las supremas perfecciones. La llama inmortal, el ansia de lo mejor, espíritu celeste escondido en nuestra arcilla y que nos sustenta en esta empresa de siglos, es la versión en otro símbolo de lo que los viejos estoicos denominaban la «razón del mundo».

«Yo he creído siempre—afirma Huss—,he creído siempre y enseñado que lo que Dios exige al hombre es que aune sus fuerzas para trabajar con Él y para comprender la vida».

Sobre estas bases filosóficas, erige, orienta y ordena su obra, tanto desde el punto de vista de la función educativa, como del método que ha de emplear con sus alumnos.

«¿Cuál es la tarea del que enseña? Es la más alta de todas las funciones. Tiende a asegurar el progreso del Hombre divino en las almas humanas. ¿Qué es un hombre ineducado? Nace como las bestias, amalgama de egoísmos ansiosos y violentos deseos, criatura de pasiones y temores. No sabe ver las cosas sino en relación con él. El amor mismo no es para él sino compraventa. Su máximo esfuerzo es pura vanidad, pues debe morir. Sólo nosotros, los educadores, podemos elevarle por encima de esta preocupación de sí mismo, podemos libertarle e introducirle en un círculo más amplio de ideas que le rebase, y en el cual pueda, al fin, olvidarse completamente de sí mismo y preferir sus miserables fines personales. Podemos abrirle los ojos para que comprenda el pa-

sado y el porvenir y la vida inmortal de la Humanidad. Y así, gracias a nuestra intervención, escapará a la muerte y a la frivolidad. Un hombre sin educación está tan solo, tan aislado de sus fines y en sus destinos como cualquiera otra bestia; un hombre educado es el que se liberta de esta estrecha prisión del yo y es copartícipe de una vida inmortal que ha empezado no sabemos cuándo y que se desenvuelve por encima y más allá de las estrellas...»

Sus oponentes contradicen con argucias que dijéramos oídas denantes no más, en cualquier círculo pedagógico. Por boca del magnate Eliphaz Burrows, hombre que se cree moderno, porque ha inventado la themanita (un extraordinario material de construcción), habla la plutocracia conservadora, revocando con cemento Portland las pertinaces sillerías del pensamiento medieval. Esta vida no es más que una sala de espera a donde nos ha de venir a buscar un ujier—la muerte—para llevarnos a una «realidad más vasta donde todas las crueldades, todas las incoherencias serán explicadas, justificadas y reparadas». Y como en esta sala de espera lo más importante es que debemos nutrirnos y abrigarnos, tarea que exige dinero, en el colegio debe estudiarse «en primer lugar el comercio, en segundo lugar el comercio y en todo tiempo, el comercio, y enseñar a los alumnos a trabajar. Eso es lo que necesitamos».

William Dad, el otro contendor, defiende el cientismo moderno. José Farr, catedrático de ciencias físicas, exuda el desprecio a la historia, las letras y la filosofía, propio de los hombres que no son capaces de elevarse por encima de los fenómenos a la región de las maravillosas y fecundas hipótesis que abarcan los espacios y los tiempos.

A estos tres personajes que le acorralan con sus desconfianzas, se agrega, en el curso de la escena, el médico que le prepara a la operación y de él, hijo de la ciencia positiva, vienen los más agudos estocazos:

«El señor Huss se entretiene en un juego de palabras. Nos habla de una llama inextinguible, de un espíritu divino en el hombre... ¿No es extraordinario que ninguno de nosotros, excepto el Sr. Huss, se haya enterado de él? No sé qué pensarán Uds.; pero, por mi parte, me disgusta que se haga de mí, sin mi consentimiento, una parte de Dios unida al Sr. Huss! Prefiero quedar siendo

yo... Soy egoísta de mi naturaleza. Y agnóstico. Es decir, un hombre que acepta plenamente los límites asignados a la inteligencia humana, que toma el mundo como lo encuentra y se niega a ir más allá... Los hechos... Yo no creo más que en los hechos. ¿Qué veo en torno mío? La lucha por la existencia. Yo me planteo entonces un problema muy sencillo y muy claro, ¿por qué tratar de ver lo que hay detrás? Ella me ha hecho. La observo y la estudio. Ella me ha erguido como un muñeco en el tiro al blanco e intenta continuamente derribarme. Por mi parte, hago lo que puedo para eludir sus golpes. Reproduzco mi especie tan abundantemente como me lo permiten las circunstancias. Imprimo cuanto es posible mi huella en el universo... He aquí, pues, mi evangelio: «Enfrentaos con los hechos». Tomad el mundo como es y tomaos a vosotros mismos como sois. Ahora bien, el hecho esencial que hemos de mirar cara a cara es éste: el Proceso (evolutivo) no toma en cuenta nuestros deseos, nuestros temores, nuestras ideas morales, ni nada parecido. Nos pone de pie, nos prueba y si de la prueba no salimos victoriosos, nos tumba, y he ahí todo. Esto no es justo quizás a la luz de las pequeñas normas humanas; pero es justo a la luz de los átomos y de las estrellas. ¿Cómo, pues, debe dirigirse la educación? Enseñadles lo que es el mundo, enseñadles todas las reglas y todos los trucos del drama, todos los que la humanidad ha descubierto y decidles: *sed vosotros mismos*. Sed vosotros mismos hasta la médula. Entregaos enteramente al Proceso. Si el Proceso os necesita, os aceptará, si no, desapareceréis. En eso no podéis nada. Sois quizá el pedazo de mármol que subsistirá en la estatua, sois quizá el que será desechado. Ahí no podéis nada. *Sed vosotros mismos*.

Esto nos coloca en la encrucijada de las dos perspectivas más importantes en toda obra educadora. ¿Creemos o no que la vida tiende a un fin y el paso del hombre sobre la tierra al de cooperar al triunfo último de algo que llamamos espíritu, algo que incita a luchar contra las fuerzas que nos arrastran hacia la bestialidad? Enseñan los biólogos que las variedades artificiales de los seres vivos tienden a retornar a la normalidad de la especie de la cual salieron. Así, el hombre. Surge sobre la corteza terráquea como una rara variedad de mono con un cráneo más amplio y un tejido gris más extendido en múltiples anfractuosidades, y, junto con ello, algo que apellidamos conciencia e intelecto. Y danza, al través de los siglos, en la cuerda floja de sus inclinaciones, atada, por un extremo a la bestia y del otro a un ideal que a veces apoda Dios y otras, llama inmortal, fuego sagrado, razón del mundo e imperativo categórico.

«Sed vosotros mismos» es, al fin y al cabo, la fórmula que

exige el menor esfuerzo; es la del pasivo del cual, por cierto, existen todas las variedades, desde las nobilísimas de un Epicuro hasta las del degenerado infeliz que es «*él mismo*» en el fango en que le place solazarse.

Pero ni Wells ni Job Huss son epicúreos. Defienden un estoicismo a la moderna, en que se oye trepidar de motores y voltear de hélices, pero que repite el inglés del siglo veinte lo mismo que Epitecto, el esclavo, y que Marco Aurelio, el emperador. Lo que estos comprendían por fuego del mundo o razón universal, aquello que hermanaba a todos los hombres y les permitía ser—esclavos o emperadores—conciudadanos de un mismo imperio de la razón, eso que incitábales a resistir, a luchar, a erguirse contra el destino y las pasiones, eso es la llama inmortal.

¿Quién que no haya leído a los estoicos (recordemos a Epitecto: «Nuestro bien y nuestro mal no están más que en nuestra voluntad»), no escucha una similitud extraordinaria en el acento en que se expresa y estas palabras de Huss?:

«De siglo en siglo, Job se queja y se quejará siempre. De siglo en siglo la llama de su fe arde, vacila y amaga extinguirse. Pero ¿las quejas de Job son realmente justificadas?... Las tinieblas y la inclemencia, el mal y la crueldad no son más que retos lanzados al hombre. En vosotros reside el poder de dominar todas estas cosas... ¡Ten valor! Del valor que haya en tu pecho depende todo. Por el valor, siguen las estrellas día y noche su curso. Sólo el esfuerzo que reside en la vida mantiene el firmamento y la tierra en su sitio. Si faltase la intrepidez, si esta llama sagrada se extinguiese, todo flaquearía y se extinguirían el bien y el mal, el espacio y el tiempo».

Dudo que para un maestro de verdad haya alternativas más preñadas de consecuencias que éstas a que nos conduce la filosofía de la educación. De aquella que se elija depende el alcance de la obra pedagógica. Si no fuera nada más que porque Wells ha señalado con frase incisiva, con simbología a veces oscura, pero de extraordinario valor sugerente, y con apasionada convicción, estas cuestiones que son tan de actualidad hoy como en todo tiempo, tendría un mérito conquistado para la atención de los educadores.

No se ha detenido, sin embargo, aquí, en cuanto pedagogo. *Juana y Pedro* constituye un significativo complemento a estos afanes de reformar el mundo por medio de la escuela.

JUANA Y PEDRO

Rejozan en las páginas iniciales de la novela como dos rapazuelos soleados y prestos a encenderse en las más encumbradas pirotecnias de la imaginación. Les emparenta un poco la sangre y un mucho, lazos sentimentales de sus mayores. La súbita muerte de los padres del niño les deja bajo la tuición de unas pintorescas y estrafalarias tías y de un padrino, Osvaldo Sydenham.

A este hombre, guardia marino ágil, bello y afortunado, le voló una granada egipcia parte de un brazo y la mitad de la cara. Una cicatriz horrenda que apuntaba hacia un ojo de cristal le trastrocó en una figura heroica—con una gran cruz de Victoria en el pecho—pero bastante difícil de mirar sin un calofrío. Esto le acontecía a los veinte años, cuando la facilidad de amor que le brindara su belleza, le había habituado mal. Le sobrevienen horas de maceramiento amargo, de deseos turbulentos, de tanteos infructuosos para hallar el camino decente que le saque de su fango íntimo, hasta que en un rato de coraje toma la resolución de huir de Picadilly. Se hace explorador. Los desiertos fueron siempre los refugios de los grandes arrepentidos, pero éste no va a meditar en Dios como un Estilita. Pretende servir a su mundo, allí donde los dominios británicos extienden sus antenas para conquistar nuevas tierras a la cultura de occidente.

Blantyre, Tanganica, Uganda, sitios de coraje alerta, de fascinación y de grandiosa soledad, fueron curando a la vez su físico y su moral estropeados.

En la rutina frívola de las grandes capitales perdemos poco a poco el concepto de lo que constituye la esencia de la vida y el fundamento de nuestra civilización. El té de las cinco, las recepciones sociales, los estrenos de la temporada, el bridge, el

tennis y el flirt van consumiendo los días, sin dejar tiempo para considerar ni el destino propio ni la corriente de esta cultura nuestra que nos arrastra vertiginosamente. Al borde del desierto africano cualquier Osvaldo Sydenham se hace filósofo, político y hasta sin saberlo, constructor de su imperio.

Cuando el paludismo le retornó a Inglaterra, muchos años más tarde, el sol del Africa había borrado gran parte de sus deformidades faciales, dejándole el aspecto de un imponente ídolo tallado en madera roja, y las meditaciones con que había desbastado su experiencia, le convertían en uno de esos seres extraordinarios cuyas convicciones son talmente el producto de su elaboración interior, como la sangre, de su organismo.

Los vaivenes de la existencia colocaban dos pequeñas creaturas bajo su tuición. Dada su filosofía podía pensar en otra cosa que en prepararlas para que luchasen magníficamente por la libertad, el bienestar y la belleza del mundo.

Pedro tiene cerca de diez años y Juana un poco menos. Han asistido, como pintiparados muñecos de carne y hueso, al colegio elemental de «San Jorge y el Venerable Beda», donde una Miss modernista, que ha ingresado a la carrera de maestra a consecuencia de un desengaño amoroso, ensaya con los niños el último «grito» en materia de modas didácticas, sin saber más de psicología infantil que cualquiera de nosotros del Corán. Felizmente, la escuela está en el campo. La nieve, el sol, el bosque y las ardillas están allí para deshacer los entuertos de la enseñanza.

A continuación de una serie de aventuras dolorosas, Pedro había sufrido, además, el internado de High Cross, dirigido por un Mr. Mainwearing, quien

«naturalmente, no tenía la menor noción de pedagogía. Respecto a la educación no poseía ideas de ninguna clase, ni el menor elemento de filosofía social. Nunca se le ocurrió preguntarse por qué vivía, ni cuál era su misión en este mundo. (Sin duda, su instinto le advertía que su respuesta sería desagradable para él). Mucho menos se le ocurrió preguntarse cuál sería el destino de sus alumnos. Y tampoco se le pasó por la mente pensar que estas deficiencias le inhabilitaban en absoluto para la educación de la juventud.

Ningún trabajo de los que se verificaban en la escuela tenía el menor interés; en la rutina cotidiana había frecuentes interrupciones, durante las cuales, los niños se entregaban a la ociosidad. Así, era inevitable que los mayores se convirtieran en perversos holgazanes, dedicándose a asustar, atormentar y romper a los más jóvenes. Estos, naturalmente, hacían todo lo posible por congraciarse con aquellos extraños y poderosos gigantes. Los mayores se apoderaban de los pequeños, se los anexionaban materialmente y, a cambio de la protección que les dispensaban, les exigían ciega obediencia».

¿A qué seguir explicando más? Esa atmósfera de ocio y de secreta corrupción de los internados era, por desgracia, tan difundida aquí como en Inglaterra...

El padrino Osvaldo interviene en este instante. Va a buscar para los niños la mejor escuela que el imperio, la época y el avance de las ciencias puedan proporcionar.

Por cierto que una gran dosis de humorismo salpimenta las escenas por las cuales Wells nos hace transitar en la rebusca del colegio. ¡Qué tipos de huecos, qué exhibición de vanidades pequeñísimas en los hombres y de fastuosidades estériles en los paraninfos y en las academias! ¡Qué absoluta carencia de orientación, sobre todo! Humorismo que llega hasta la carcajada irritante provocada por la inepticia humana, humorismo que coincide con la aprensión de cuál va a ser el futuro de nuestra historia si se estraga así a la juventud, humorismo que, como decíamos al comienzo, lleva envuelto el anatema y la profecía.

«¿Es que sólo vamos a ser un pueblo acaparador y ávido de lucro, porque no tenemos la educación necesaria para ser un pueblo director? ¿No vamos a ser mejores que Roma y Cartago? ¿Estamos condenados a saquear las primicias del mundo? El pillaje o la educación: este es el dilema de todo imperio».

Mas los maestros que visitaba, los oficiales del Ministerio a quienes recurría para que le informasen, llegaban a ofenderse de que este raro señor se atreviese a preguntarles:

«¿Qué clase de niños intenta Ud. formar? ¿En qué se diferenciarán de un niño no educado?... ¿A qué conduce la educación que dan Uds? ¿Cuál es su designio? Esta es una escuela preparatoria en la cual Uds. ponen los cimientos de una obra. Pues bien, ¿con qué objeto inician Uds. esta construcción?»

Nada hay menos místico que un sacristán. Y así ocurre en este sagrado oficio de enseñar. Los que le sirven rutinariamente concluyen por olvidar a Dios para pensar sólo en la cera de las velas, en el sabor del vino y en las monedas de la colecta. Sometiéramos a una decena de profesores al interrogatorio de Sydenham y a nueve les veríamos igualmente ofendidos que sus cofrades ingleses por la impertinencia de las preguntas. Sólo de tarde en tarde, toparíamos con uno que, a semejanza de un Mr. Mackinder, director de un colegio particular, cuando el calor-cillo de una buena mesa y la chisporroteante compañía de unos sorbos de champán hacen saltar el corcho de las confidencias, confiese su inmensa desilusión:

«Él había leído y estudiado todo lo referente a la enseñanza; había trabajado por una remuneración mezquina en escuelas que parecían animadas y eficaces, y finalmente, con su dinero había fundado su propia escuela. Tropezó con las más enormes dificultades para reclutar su personal.—¿Se podría esperar otro resultado?—dijo.—Apenas les damos más sueldo que a un dependiente de comercio. ¿Qué esperanzas, qué entusiasmo puede tener el maestro por su trabajo? Creí que podía hacer una escuela muy distinta de las demás, y me encontré con que apenas conseguiría hacerla como las mejores. Nunca imaginé la inmensa resistencia que opondrían los padres a mis ideas innovadoras. Estamos en un mundo que no admite más cambios que los terremotos y las epidemias. Traté de suprimir los exámenes. No pude. Traté de rodearme de un profesorado competente. No pude. Tuve que aceptar las cosas como estaban, resignarme a ser lo que quería que fuese.

—¿No podría Ud. resistir algún tiempo? Intente la experiencia reduciendo a un *mínimum* los gastos de la escuela.

—Sería lanzarme a la ventura. Ud. es soltero, Mr. Sydenham; no tiene hijos a quienes mantener.

—No—contestó secamente Osvaldo.—Pero tengo dos pupilos. Y, después de todo, no es asunto de hoy, sino de mañana. Si el mundo se fuerce por falta de educación... Si no se la da Ud. a sus hijos, ellos serán los perjudicados.

—Mañana, puede ser. Pero antes hay que pensar en hoy. Tengo que amoldarme a mi tiempo.

Extendió las manos sobre la mesa.

—El día de San Hilario hará veintiseis años que inauguré mi escuela. Y parece que fué ayer. Entonces me pareció que mi obra iba a ser memorable. Y me entregué a ella en cuerpo y alma... Fué lo mismo que saltar a las cataratas del Niágara. El torbellino me cogió, me zarandeó de un lado para otro.

Ay!

—El tiempo está en nuestra contra—repuso Osvaldo—. Yo creo que la próxima época glacial nos cogerá antes de que estemos dispuestos a luchar contra el destino.

—Si quiere Ud. ver las generaciones precipitándose al abismo como torrentes, como torrentes—dijo Mr. Mackinder—, ponga su corazón y su vida en una escuela...»

Con maestros excelentes o sin ellos, los niños crecen. No esperan a que el mundo les mejore sus enseñanzas. Sydenham les colocó, al fin, en los colegios que le parecieron menos arcaicos, no obstante lo cual, hubo de convencerse muy pronto que las asignaturas que ofrecían, poquísimo tenían que ver con los conflictos del hombre actual y menos aun con los problemas del futuro. Era como si se empeñasen en conservar a la juventud en una atmósfera de invernadero... Y entre tanto, la vida les obligaba a despejar incógnitas muchísimo más complicadas y trascendentales que las manejadas en el colegio. La adolescencia con sus ensueños fantásticos y apasionados, la primera juventud con sus demandas vehementes y su volcánica atracción hacia todo ideal, las exigencias de los sucesos mundiales que vivimos y en cuyo desarrollo, quieras que no, tenemos que alistarnos como oficial o como soldado, les sorprendían desorientados, ciegos.

Ya antes de retirarse de las universidades, Pedro y Juana comenzaron a deslizarse por el camino de los muchachos ricos de Inglaterra, cuya vida, salvo detalles menudos, es la misma de todas las juventudes de este decenio. Flirt, gran afectación de independencia, *charleston*, deportes, atisbos de arte o de ciencia de cuando en cuando, y un torbellino social en que para ser oído hay que gritar, y para destacarse, hacer gestos grandilocuentes. Reserva para la vida íntima. No tanta que de vez en cuando no se transparente que la libertad ha rayado en libertinaje y que este vicio o aquél no están hincando su diente en el joven o la muchacha a quienes pierde su prematura libertad.

Si no analizáramos aquí sólo a Wells pedagogo, me placería infinito detenerme en el carácter de la niña para la cual Sydenham buscaba la mejor educación, y que a los dieciocho años tiene que desenmarañar su parcela como si toda la expe-

riencia de los millones de mujeres que amaron, lucharon y perecieron antes que ella no hubiesen existido, como si Pedro y ella estuviesen tan solos y tan ignorantes de la vida como Adán y Eva al ser arrojados al mundo. Que tal es casi siempre el lote de las muchachas, que han de decidir su destino antes de saber qué son ellas mismas, qué desean y qué significado tienen sus aspiraciones.

Fué un auxilio para Juana que estallase la guerra. Al principio, pareció no hacer gran caso del grupo en que Juana y Pedro eran los núcleos, pero insidiosamente les fué rodeando hasta precipitarles a todos en su vorágine. A unos les arrebató la vida, a otros el maravilloso equilibrio de la salud, a aquellos les arrojó violentamente de la blanda confianza con que habían anidado en el regazo traidor de nuestra cultura. A Pedro, que fué al frente, le magulló el omóplato y le horadó una pierna, mas le sustrajo, al fin, de la sensualidad dulcemente engañosa y de los días sin objeto que lenta, pero inexorablemente, le arrastraban a la disolución.

A Sydenham, como a millones más, le volvió a desvelar con las incógnitas del futuro del imperio y del presente de la educación. Ahora que sus pupilos se habían independizado de férulas ajenas, veía con más claridad que nunca, la total desproporción entre lo que esperamos de ella y lo que es capaz de hacer, y por qué aún con tanta aparatosa universidad y tanta pedagogía, las naciones no habían podido ahogar en su germen esta guerra que les mordía, despedazaba y trituraba sin piedad.

Culpaba a las aulas por su extrañamiento de la vida intensa, rápida y múltiple que es el lote de nuestros años; maldecía de los profesores que no dan a sus alumnos las instrucciones eficaces para que participen en la conquista del hombre sobre sí mismo, única tarea digna de que por ella se sufran las vicisitudes cotidianas; y comprendía con angustia que la mayor parte de la formación espiritual de las masas, estaba hoy en manos de seres anónimos e irresponsables: políticos, demagogos, escritores, periodistas, fabricantes de películas.

«Cuando Osvaldo medía la influencia que estos elementos ejercieron sobre los niños y los comparaba con los producidos por la educación a que les había sometido, le parecía que el maestro apenas era superior a un enano que quisiera detener con un nudo corredizo los caballos blancos de una catarata.»

Todo esto es parte de una verdad muy compleja. Existen otros aspectos suyos que Osvaldo no valoriza suficientemente. Entre ellos éste: que los maestros no pueden enseñar lo que ignoramos. Los procesos básicos de la vida del hombre son aún hoy para la biología y la psicología más avanzadas, misteriosas incógnitas. En los problemas del atavismo, del temperamento, del sexo, andamos por sobre hipótesis. Ante la descorazonante tragedia de cualquiera de nosotros, cuando más, decimos: ¡pobres! nació con esas contradicciones, es de naturaleza torcida, no es capaz de sobreponerse a su avidez o a su concupiscencia! Es decir, constatamos hechos, pero no sabemos remediarlos, y a lo sumo ofrecemos una de esas recetas tradicionales que dentro de mil años, seguramente, serán estimadas tan lastimosas y tan cómicas como consideramos hoy los conjuros de las hechiceras.

En otro tiempo, la humanidad fué humilde de su ignorancia y se dejó mansamente guiar por la intuición de los iluminados. Hoy, orgullosa, hasta cierto punto con razón, de sus progresos, no admite otros tutores que la ciencia, sin medir que lo que sabemos no nos alcanza para resolver ninguna de nuestras cuifas inevitables y fundamentales.

Wells, en otra de sus novelas, llama a estos tiempos nuestros la era de la confusión. Desde el punto de vista educacional, preferiría denominarla la era de la incoherencia. El sistema escolar de cualquier país es un enano al lado de las otras fuerzas directivas de la conciencia pública. Lo sabemos. Tampoco ignoramos que las antiguas posibilidades educadoras de la religión, las tradiciones y la vida doméstica han disminuído aterradoramente, que la ciencia todavía no puede reemplazarlas, y constatamos que, a pesar de todo, la llama inmortal no se apaga en nosotros y que arde con fulgor de rosa en un día de sol, en el pecho de cien mil elegidos. Sin embargo, en nin-

guna parte se organizan las fuerzas que, unidas, podrían despejar de cuántas zarzas el camino del mañana.

En éste, como en los otros libros que estamos analizando, Wells ha predicado su evangelio de coherencia y de unidad. Es preciso, repite, dar una conciencia colectiva a todas las actividades individuales, cubrir la tierra de una vasta red de instituciones que «trabajen para un fin común, que atraigan a los mejores cerebros y las voluntades más sólidas, que reunan miriadas de hilos multicolores para tejer la tela común de la civilización mundial».

Así es como hemos llegado desde el caso individual de Pedro y Juana hasta considerar la vasta complejidad del mundo. Para que el maestro deje de ser un enano, hay que emprender la reforma de la educación a parejas con la de cada uno de nosotros y de la sociedad entera, y mientras ésta no despierte a la inminencia de su peligro y a la necesidad de su colaboración, la obra escolar será caduca e ineficaz.

Esta es la síntesis de *Juana y Pedro*. De sus vidas claras que la ociosidad y la ausencia de ideales de la época anterior a la guerra, habían estado a punto de corroer; de sus aventuras, de sus amores, de su florecer como aprendices en la construcción de esa república universal que ya vislumbraron los estoicos y que es el ideal de Sydenham, de todo eso nos cuenta Wells con su estilo disparejo, mal conectado, con digresiones pesadas, con arranques maravillosos, apasionados, y con un humorismo que sabe tanto de las escondidas espinas del corazón, que nos obliga suavemente a deponer nuestra indiferencia y a salir en busca de nuestros yelmos amohosados para acompañarlo quijotescaamente en esta construcción del futuro espléndido que hace espejear ante nuestros ojos. Sabemos que no será la obra de una, ni de diez, ni de cien generaciones, que no veremos sus resultados, mas, bajo su estandarte hemos de enrolarnos, so pena de que nuestra civilización perezca y con ella hasta el recuerdo de lo que fuimos.

LA INVESTIGACION SUBLIME

No se trata aquí de maestros ni de discípulos. De considerar sólo el desarrollo de la aventura, podría inferirse que la novela no admite parentesco inmediato con las que venimos de comentar. Su héroe, Guillermo Porfirio Benham, no erige cátedra de ninguna especie. Simplemente, nutre desde temprano un ideal e intenta realizarlo en la órbita de sus días.

Mas ese ideal es el mismo de Job Huss, de Osvaldo Sydenham, el mismo que hace poco nos invitaba a enrolarnos bajo sus banderas. Job y Osvaldo son los Pedro el Ermitaño, predicadores de la cruzada; Benham es el paladín. Se siente llamado a vivir heroicamente, con la voluntad tendida en un máximo esfuerzo, a construir el imperio universal unificado y coherente, y para esa obra temple y pule el acero mal forjado de su terrestre voluntad.

Benham atraviesa los sucesos ruines, heroicos o trágicos de su vida, investigando las posibilidades nobles del hombre en general y en particular de sí mismo. Desde este punto de vista es la novela del artífice de su propia educación.

Dejemos por falta de espacio, el análisis de la trama, que en este libro es peculiarmente abstrusa e irregular. Indicaremos tan sólo los rasgos sobresalientes en el proceso psíquico del héroe: de qué modo descubre los obstáculos que le apartan de su ideal; su significativa amistad con Prothero, que al lado suyo recorta una figura penosa de Sancho Panza universitario; su concepción de la realeza, y el aparente fracaso trágico de su vida.

Empieza por querer vivir *aristocráticamente*, devolviendo a esta palabra su valor etimológico de selección.

«Yo sé—exclama Benham—que hay una vida mejor que esta chabacanería que nos rodea, que hay una vida mejor que es posible ahora. A ella me refiero cuando hablo de aristocracia... Su modo de pensar es la Ciencia; su modo de soñar es el Arte; su Voluntad es el objeto del género humano».

Muy pronto descubre—lo que otros tardan toda la vida en darse cuenta—que los obstáculos formidables de una empresa semejante, lejos de hallarse fuera, se esconden dentro de uno mismo. Una parte de nosotros es nuestro mayor enemigo.

A estos lastres que nos atan a la comodidad, al halago de los sentidos, a la rutina del menor esfuerzo, Benham los califica de *limitaciones*. Muchas y muy bellísimas páginas del libro están dedicadas a pintarnos las luchas del joven para curarse de ellas. La que aparece más temprano es el *miedo*, desde el miedo pueril a los animales, a las alturas vertiginosas y a las soledades, hasta ese que, como explica Wells es

«fuerza gregaria que nos mantiene en el rebaño, que nos hace volver al sendero trillado, a las comodidades y a las sutilezas, que nos impide realizar mil actos intrépidos y afortunados, y nos hace aferrarnos a lamentables refugios temporales que no son, al fin, mejores que trampas».

Sin embargo, no es la limitación más peligrosa. Emplea armas muchísimo más sutiles la *complacencia*. Ella lo coge primero en el agrado de la sociedad de su madre, Lady Marayne, en la molicie de la vida de pseudo trabajo de las exposiciones, de los téés literarios y de los cenáculos políticos, y cuando pretende libertarse de sus encantos vacíos, la complacencia le vence de nuevo en el amor.

Para emprender su magna obra de limpiar de tribulaciones y miserias al mundo siente que necesita una compañera. Y Amanda se le presenta llena de viveza, de juventud y de coraje. Se casan. Una luna de miel ardiente, maravillosa y decepcionante... En ella no ahincaba la misma atracción tenaz, porfiada, quijotesca por la vida heroica. Ella quería femeninamente ser feliz, formar un nido delicioso, convertir su salón en el centro de la vida de la capital y a su marido en el sol a cuyo lado ella tuviera el brillo modesto, pero infinitamente seductor, de la luna... Y él determinó dejarla, dejarla en Londres tratando de ser feliz, e irse él, ya caballero andante de la vida heroica, a explorar el por qué de las incompresiones humanas y el modo de remediarlas:

«—¡Pero Cheefah! ¿Cómo puedes dejar a tu immaculado leopardo (Cheefah y Leopardo son los nombres con que se apodan en su intimidad). ¡Gemirías en la selva solitaria!

—Es posible que lo haga. Pero he de marcharme.

—Entonces yo iré también.

—No—repuso él pensando los motivos.—¿Sabes? A tí no te interesa.

—Sí.

—Pero no como a mí... Tú buscas el encanto. Para tí todo el mundo es un espectáculo. Y como espectáculo yo no puedo sufrirlo. Yo quiero poner mis manos en él.

—Pero Cheefah!—exclamó ella. Esto significa la separación.

—Tú llevarás aquí tu vida. Y yo ya volveré.

—Pero Cheefah! ¿Cómo vamos a poder vivir separados?

—Ya lo estamos—repuso él.

El asombro redondeó los ojos de Amanda. Luego su semblante se contrajo.

—Cheefah!—exclamó con voz de dulce angustia—. Yo te amo. ¿Qué quieres decir?

Y avanzó tambaleándose, cegada por las lágrimas, y buscó el cuello y los hombros de Benham para sollozar entre sus brazos.»

Parte a Rusia acompañado de su viejo amigo Prothero, ahora ayudante universitario en Cambridge. Este hombre tiene todos los instintos que apegan a la costra terrestre, es miedoso, glotón, sensual, pero le hacen infinitamente simpático su inteligencia, su admiración cariñosa hacia Benham y el limpio valor de su sinceridad. Se proponen ir juntos a investigar el caos ruso, mas a la verdad que esta primera salida resulta muy desastrosa. Prothero está obsesionado por la carne; contempla el mundo desde el estrecho ángulo de la satisfacción de sus apetitos y todo lo demás le deja indiferente, y mientras Benham se esfuerza por comprender las razones de las luchas, los desórdenes, las ineptias y las incongruencias rusas, Prothero se enamora lamentablemente.

Benham regresa a Inglaterra un poco decepcionado de la compañía y atraído por el nacimiento de su cachorro. Amanda trata de nuevo de retenerlo.

«Esta vez Benham no alegó nada. Había resuelto para siempre aquellas situaciones. Ni siquiera pudo conmoverle una indignada peroración de Lady Mayne que empezó con ruegos y acabó con improperios. Tras aquellas cosas se

alzaba ahora la India. Los enormes problemas de la India se habían apoderado de su imaginación de una manera incommovible. Había visto Rusia y ahora quería contrapesar aquel cuadro con una visión del Oriente.

Se marcha solo esta vez, para hallar a poco que hay en el espíritu del hombre otra limitación más difícil de dominar y cuyas garras él no conocía: los celos. Angustia, tragedia, decepción infinita... Porque en un hombre como éste no son los celos una reacción tan simple como la de matar y me mato. Se infiltran de mil modos diversos en los sentimientos y en los conceptos que nos formamos del mundo, y lo deforman, y lo agrían, y nos dejan ciegos para la serenidad. Se puede decir: ¡Bien! ¡vive lejos de mí tu vida! y creer que ya nos libramos de las mil puntas de su cilicio, pero subrepticamente ellos vuelven, so capa de cólera, de pesadumbre y hasta de remordimientos.

Los dolores se nos aparecen tanto más cruentos cuanto más de cerca nos hieren; mas para Benham los dolores del mundo son también su lote personal; se siente responsable de las matanzas de China, de las hambres de los mineros en huelga, de los pogroms rusos y de la ominosa anemia en que se está consumiendo la India. Estas heridas no son para él simples cablegramas de los diarios. Son realidades atormentadoras. Llegado a este punto, descubre que mayor aún que todas las limitaciones anteriores se alza en su camino la de la *incomprensión humana*, la que engendra los feroces odios de razas, las fanáticas intolerancias religiosas, la que avienta sobre el mundo los fizonos encendidos de las guerras.

Hay algo en el transcurso de la vida de Benham que recuerda a la vez a Lord Bacon y a Don Quijote. El primero buscaba la verdad y se encontró con que los *ídolos*, es decir los prejuicios, eran los que se interponían entre nosotros y el recto conocimiento de las cosas. Lo malo fué que llegara hasta ahí solamente. Fué un lógico de gabinete. Benham construye un carácter. La verdad le interesa como medio para alcanzar una ética superior, y no sólo para enseñarla sino, especialmente, para vivirla.

De Don Quijote tiene la obsesión por la vida heroica, por desfacer los entuertos de este mundo, y sobre todo, su concepción de la realeza que es en el fondo la misma del caballero de Cervantes.

«Yo veo que el mundo se tambalea de miseria en miseria, y que hay en él poca sabiduría, menos orden y muchas locuras, prejuicios y limitaciones; que las cosas buenas suceden por casualidad y las malas vuelven a cubrirlas y las destruyen, y este es mi mundo y yo soy responsable. En cuanto uno lo comprende, ya no encuentra reposo, tranquilidad ni deleite, excepto en el trabajo, en el servicio, en el máximo esfuerzo. En cuanto mis fuerzas me lo permitan, yo he de *gobernar* mi mundo... Haré poco, acaso no haga nada, pero lo que pueda comprender y lo que pueda hacer he de hacerlo».

Se unge a sí mismo rey entre los reyes del mundo, mas, bien entendido, no de aquellos que están entronizados. La historia—tal como se la refiere comúnmente—habla de monarcas y de dinastías que pasaron como sombra y al mismo tiempo de ciertos hombres, unos oscuros, otros anónimos, los menos honrados, si no en vida, por las generaciones que les sucedieron, y que son los verdaderos reyes, los directores de la conciencia humana, los que desde un laboratorio, desde un taller de Florencia, desde una bohardilla del barrio latino, desde una tienda miserable de óptica en un pequeño burgo holandés, impulsaron el pensamiento, la ciencia, el arte y la fe del hombre. Hermanos suyos viven a nuestro lado y comparten la realeza que ha de conducirnos hacia la claridad de mañana. A Benham, ninguna cosa, excepto tomar su fardo de responsabilidades en este orden de caballeros, puede satisfacerle.

«Los aristócratas—piensa—no se encuentran en las altas posiciones; los reyes no están entronizados y los que están no son más que una ficción, un simulacro; son reyes del vulgo. El rey y el gobernante verdadero es todo hombre que da de lado las cándidas pasiones y el interés egoísta de la vida vulgar en favor del gobierno y del servicio del mundo».

La novela termina con la muerte de Benham. Lo mata qui-jotescaamente la inepticia y la incomprensión de las multitudes. No alcanza siquiera a escribir el libro que entregaría a los de-

más el sazonado fruto de sus experiencias. Y nos sobrecoge al concluir las páginas un cierto desencanto. Toda la llama inmortal, la educación para la vida heroica, la sublime investigación, ¿de que le sirvieron a Benham, sino de penas? Dejó marcharse a su Leopardo, oscureció la frente de su madre, indirectamente causó la muerte de su fiel y perruno amigo Prothero.

Nadie compartió su apostolado; ni su madre, ni su esposa, ni su amigo simpatizaron con aquella generosa ambición que era el motor único de su actividad. Su muerte lejos de los suyos, en una oscura asonada boer es la cifra y coronamiento de su tragedia. Los que intentan encaminar a la humanidad por rutas más altas, pero más escarpadas, se hallan solos. Vivimos —como decíamos antes— la era de la incoherencia. Ignoramos cómo unir las voluntades más recias y las inteligencias más claras. ¿La educación? Acaso. Acaso la fe.

Abrimos de nuevo el libro y leemos:

«La vida noble es un camino largo, larguísimo que se extiende ante uno. Estamos laborando una nueva manera de vivir para el género humano, un nuevo gobierno, una nueva conciencia. Ha de llevar vidas enteras el edificar, y el deruir y el volver a ensayar de nuevo. Esperanzas y desilusiones y grandes anhelos de filosofía... Mas la nueva caballería, la nueva aristocracia que ha de regir al fin la tierra, está en mí, está en ti, está latente en todo el género humano. Y este es el giro que todo hombre debe dar a su vida si no quiere ser una pobre y vil creatura. En grandes y en pequeñas ocasiones, yo he fracasado mil veces, pero ningún fracaso es durable cuando perdura la fe».

Se disipan algo las nubes de nuestra melancolía, y por lejana, pero muy explicable asociación de ideas, vuelve a nuestra mente la parábola de *La llama inmortal*.

«—Había en el país de Huss, cierto hombre llamado Job...

—Ahora el mundo entero es Job.

—Pero la apuesta no está perdida.»

Perdura todavía la fe.

Cavinza

II

MAIGO

MI segundo viaje a la caleta de Molco tuvo un objetivo: conocer a Maigo en el medio que la suerte le había deparado, en la barca misma.

Ahora no era difícil acercarse a bordo. Huenufil, que había venido en persona al boliche de Sommer, hacía una semana, quedó muy reconocido al forastero de Santiago. Sobre el mostrador bebimos, mano a mano, una botella de cerveza.

Mis preguntas lo hacían sonreír; sin embargo, sus palabras disimulaban mal la vanidosa satisfacción de ser tomado en cuenta. Adivinábase que su pasado de marino, sus viajes, la barca, la casa que había edificado en la playa y hasta la posesión del gato milagroso, lo constituían en un personaje importante.

Llegué esta vez después de medio día. Dejé pasar la mañana, que los pescadores ocupan en baldear sus botes y en limpiar sus redes de los peces que el remitente no ha aceptado.

Así encontraría a Cavinza libre de toda ocupación; sin embargo, al acercarme al rancho de Huenufil, con su vieja inmóvil hilando cerca de la puerta, ví a Cavinza tejiendo, frente a una red sujeta a dos horcajas de hualle, un desgarrón de las mallas.

Sus dedos, amarillentos y duros como ultes, manejaban con habilidad el mallero y la aguja. A los cuadraditos oscuros, envejecidos, iban agregándose otros nuevos y blancos. Era, en realidad, Cavinza el que siempre remendaba las redes y manejaba la blanca cangreja de La Pinta. El padre, según el modelo del sargento de mar en sus años a bordo de escampavías y destroyers, mandaba en jefe.

Le pregunté al niño si podíamos navegar. Se limitó a volver la roja llama de su cabeza para decirme, sin dejar de tejer:

—Hable con el taita.

Huenupil se adelantó al oír mi voz. Había dejado el sombrero y su calva, tan poco campesina, brillaba salpicada de gotitas de sudor. Sus ojos resplandecían y su gesticulación era confianzuda y abundante.

—Pase a tomar un trago, señor, pa la calor.

En la mesa de la ramada donde había almorzado hacia quince días, ví un jarro de vino. Un indio de oscura tez, de pómulos puntiagudos y media docena de pelos repartidos entre el labio superior y el mentón, dormitaba apoyado en la tabla de pellín, barnizada con el vino que se escurría de los vasos. Era Cochecho, el compadre de Huenupil, que vivía al otro lado de Molco.

Había llegado vino a las cantinas del puerto y los pescadores trajeron una damajuana a la caleta. Un vino medio vinagre que debía producir borracheras espesas, traidoras. Tuve que beberlo, sin embargo, en compañía de ambos.

Cochecho, al darse cuenta de mi presencia, había despertado repentinamente. Empezó a hablar. Sommer, Huenupil y los erizos de Molco se enredaban entre sus frases inconexas. Su cicio de sudor, a causa del vino bebido, con sus pelos tiesos pegados al mentón, tenía algo de la cabeza del lobo de mar cuando pasa, chorreante de espuma, en la curva de dos olas.

Pero se callaron repentinamente. Cochecho volvió a su inconsciencia. Su cara de lobo resoplaba, caída sobre los brazos desnudos. El propio Huenupil sosteníase apenas en pie. Su cabeza movíase como un péndulo que está a punto de detenerse.

Me apresuré a pedir su autorización para navegar a la vela por la caleta. No entendió en un principio; y temía que, dada la desconfianza astuta que los caracteriza, no quisiera que un forastero, menos un rico, conociese el gato de Molco.

Pero no fué así. Apenas en su cabeza penetró mi idea, se asomó tambaleándose a la ramada y llamó a Cavinza a grandes voces:

—¡Peiro, Peiro! Eja esas rées.

Y a pesar de que el muchacho acudió rápidamente, su voz rezongona no cambió. Llegué a comprender que era su procedimiento para mantener la obediencia en Cavinza a quién tiranizaba. Me di cuenta, igualmente, que el muchacho lo temía, pues al acercarse, su actitud era la del que está acostumbrado a recibir golpes a cada instante y por cualquier cosa.

—¿No te ije que ejaras las rées?—fué su recibimiento.

Cavinza se limitó a levantar algunos centímetros el brazo y a bajar la cabeza roja otros centímetros.

—Vas a llevar al señor por la Caleta en La Pinta. ¡Cuidado con Maigo!

Avanzó un paso en su actitud de amenaza y Cavinza retrocedió otro en actitud de defensa.

Se volvió, luego, hacia mí para explicarme:

—El chiquillo es güenazo para la maniobra. L'único es que no quiere al gato.

Y dirigiéndose a él repentinamente:

—¿Le llevaste la comida?

—Sí, taita, en la mañana.

—Yo sabré como te portás. Vai a ver, no más, coltro maldaoso!

Avanzamos en silencio hacia la playa. Los ojos grises del muchacho se habían endurecido con una sijeza de odio que se acentuó en un gesto rebelde de los labios, al ver un grupo de mujeres con chamales y de pescadores que avanzaban hacia la casa de Huenafil.

—Pa la casa van—dijo siguiéndolos con la vista—a curarse.

Apenas sus largos brazos empujaron la proa del bote para

desprenderlo de la arena, me pareció que era otro. Tenía prisa en dejar la tierra y entrar a su elemento propio, el mar, donde sus movimientos mismos, tan desgarrados, adquirirían una gracia, una soltura inesperadas.

La voz misma con que me invitó a subir a la pequeña embarcación, no era el sordo balbuceo con que respondía a las preguntas, cuando con su bolsa de *ñocha* bajo el brazo, llegaba al fondo. Su entonación era segura y varonil. Su cuerpo flaco lo imaginé repentinamente musculoso, al doblarse en escorzo, para manejar el remo en la popa, con rápidos pases de derecha a izquierda. La proa, al impulso del remo, se hizo consciente, apartando los borbotones hostiles de la marea. Sin saber cómo me ví lejos de la playa, en el agua arremansada.

Nos acercamos rápidamente a «La Pinta». De cerca producía el barquito otra impresión. Era recio el dibujo de su casco rojo, con el enorme número de la matrícula en la proa y el pequeño bauprés, semejante a un cuerno. Parecía un animal de trabajo, algo tosco, pero fuerte.

Yo pensaba en Maigo. Le pregunté a Cavinza por el gato.
—Lueitito se asoma.

Se escupió las huesudas manos para decir:

—Si'asoma y s'esconde altiro.

Le observé bromeando:

—¿No te quiere Maigo, parece?

Bajó los ojos de acero, de impasible frialdad sin contestar. Su cabeza, agrandada por el pelo crecido en todas direcciones hasta invadir las orejas, iluminado por el sol, me dió la impresión de un extraño bonete rojo, el bonete rojo de los antiguos marinos.

—No sé—contestó, mirándome—. ¡Es tan raro el gato! ¡Salta como huiña en el monte! ¡Lo viera subir por los cordeles, como marinero!

Tocó el bote el costado de «La Pinta» sin que el gato diese señales de vida. Cavinza sintió cierta molestia porque, esta vez, Maigo no apareció a bordo.

Me dió una explicación sin que se la pidiera:

—Es que le traje la comia en la mañana. ¡Ha d'estar sesiando!

No estaba conforme, sin embargo. Sujetaba el bote, arqueando los dedos de los pies en el reborde interior y de las manos se agarraba a los obenquillos. Su cabeza roja impeccionó la barca.

Sentí, de pronto, un maullido. Volví la cabeza, creyendo que era el gato, pero no: era el propio Cavinza. Lo observé con curiosidad. Su cara sufrió, súbitamente, una transformación diabólica. El maullar se fué cambiando en agudos, estridentes aullidos. En el castillete de proa de la barca se perfiló la silueta negra de un gato flaquísimo, arqueado el lomo y la cola erizada como un escobillón. Unas pupilas verdes, fijas, observaban atentamente la cabeza del muchacho.

Cavinza se había convertido en un gato monstruoso. Lo ví saltar ágilmente a la barca, agacharse en seguida y mirar a Maigo en la misma actitud expectante de éste. Parecía un juego conocido. Se redobló su maullar estrangulado y rabioso. Avanzaba poco a poco y a saltos. De mí, había hecho caso omiso y para que el bote no se alejase del costado me agarré de las defensas de la barca.

El gato rompió, de improviso, su actitud de espectación. Se me ocurrió que había pensado cuerdamente que este monstruo que maullaba no era un congénere ni menos una rata. Corrió por la borda con una agilidad portentosa. Fué un relámpago negro el que pasó frente a mí y el hueco oscuro de la popa se engulló como una boca ávida.

Cavinza se irguió, una vez conseguido su objeto. Supuse que esto era lo que irritaba a Huenufil. Su cara pecosa, roja por el esfuerzo, se partía en una risa jubilosa.

Se acercó a la borda, solícito, para ayudarme a subir; luego corrió a la proa a desatar la amarra de la boya.

Me hizo sentar en la popa. Yo miraba alternativamente el hueco negro donde Maigo parecía haberse disuelto y la habilidad con que el muchacho aflojó las amarras que arrollaban la cangreja a la bota-varas; y luego el enorme triángulo de la vela

comenzó a subir por el mástil, traspasado de blancura levemente dorada. El viento se hizo presente, como si la reconociese, con rudos manotones. Cavinza cogió la escota, la retuvo entre sus manos y la tela se hinchó, haciendo crujir el mástil. Hirvió el agua al romperla la proa de «La Pinta».

Pronto nos rodeó el aire de alta mar: en el horizonte el agua palpitaba con fulguraciones de oro.

Cavinza se había sentado en la borda, en el otro extremo de la popa. El aire asoleado ceñía su figura extraña; la línea del horizonte cortaba en dos su cuerpo. Y advertí, de pronto, en él, detalles que nunca había observado en tierra. El prognatismo de la mandíbula inferior le daba a la cara pecosa un gesto de dureza, de implacabilidad. Los pómulos puntiagudos la asentaban ensanchándola de arriba. Los ojos, dos gotas frías, grises, justificaban una vez más el sobrenombre de la caleta. Y en la oreja, que asomaba por entre las mechas rojas, no me costó mucho imaginarme el aro de oro de los antiguos marineros; el aro tradicional.

Iba a hacerle una pregunta cualquiera para oír su voz, cuando el gato que espiaba, seguramente, un momento favorable, pasó por entre mis piernas, erizado, demoníaco, saltó a los barcales y se perdió en la proa, en el minúsculo pañol donde, según supe después, tenía su guarida desde que se apropió de la barca como de una tierra de promisión.

Cavinza maulló rabiosamente hasta que el gato desapareció; luego rió con su larga, ingenua risa de niño.

Y a dos pasos de él, con toda la fuerza de mi atención en juego, iba descubriendo detalles que, al pasar, no pueden advertirse. Los dientes largos, separados, daban a su risa un extraño tinte de crueldad que acentuaba el prognatismo de la mandíbula. Comprendía, ahora, esa hostilidad cómica al gato de la caleta. Era, en el fondo, el amo de la barca; y él su sirviente, porque según supe más tarde, Cavinza limpiaba el cajón con aserrín que Huenufil había dejado al gato para su uso personal.

Sentado en el borde de la barca, con la escota entre las manos curtidas, casi desnudo, porque el jersey estaba roto en

los hombros, al aire las canillas y con aquella prodigiosa selva de pelos rojos que amenazaban invadir la cara, volvía a pensar en un viking, en el antecesor aventurero y en el aro simbólico pegado a la oreja derecha.

«La Pinta» cuneábase suavemente en las largas ondulaciones de alta mar. El viento del sur, que parecía venir del lejano horizonte, trizaba las aguas en mil rizaduras que, a ratos, remedaban los plateados lomos de un cardumen de cavinzas en fuga.

La costa perdía su relieve: era una franja azulosa, donde dormitaban inmensas nubes blancas.

Cavinza entreteníase ahora con la barca. La escota y la caña del timón eran como dos riendas para él. Torcía, por ejemplo, la caña y recogía la escota. En la comba de la vela se revolvía el viento, inclinábase la barca de costado y rompía las aguas con chasquidos violentos, impacientes.

Luego, charlamos. Cavinza sentíase aquí bien, como en su medio. Sobre todo, no estaba presente la mirada dura del taita ni su voz regañona. Me hizo el elogio de «La Pinta».

—Cuaernas e mañío; y tablones e ciprés. P'al lao de Aysen las van a cortar los chilotes. El taita se la compró a un chilote, pa la Candelaria.

Voló, de pronto, por la proa un enorme pájaro blanco. Movía perezoso unas alas oscuras, delgadas y agudas como puñales. Le pregunté:

—¿Es una gaviota grande?

—Son pájaros carneros—replicó con un tono que disculpaba mi ignorancia; y agregó en seguida, con superioridad despectiva:

—Pero estos son chiquichichos. En los canales, p'al Estrecho de Magallanes, hay uno negro como buitre. Cristiano que cae a l'agua, se le va a los ojos al tiro. En l'Esmeralda, una vez, en una maniobra de ancla, una mar echó al'agua a un marino y el pájaro le sacó los ojos.

Le pregunté ingenuamente:

—¿Tú conoces Magallanes, entonces?

Torció la cara, so pretexto de enderezar la caña.

—Yo, no... El taita ha estao en los buques e guerra. En l'Esmeralda y en los destroyers y tamién en los escampavías pa los canales.

Hizo una pausa y dijo en su lenguaje entrecortado, vacilante, apretando sus dedos largos en la caña:

—Pu'allá tan los cueri-cueri. Son juertes como jotes, es que... tienen botes de cuero y casas de cuero. Viven con una zalagarda de perros que cazan nutrias.

Nueva pausa. Se ha producido, sin duda, en su cerebro un paréntesis de ensueño, porque dice:

—Cuando cumpla, voy a hacer el servicio en los buques e guerra.

Me acordé haber visto en Talcahuano desfilar por los malecones un grupo de grumetes del sur, chilotes o mapuches civilizados que taconeaban con energía, primer indicio de su militarización. Era deplorable su aspecto, con los ásperos bototos y el tieso brin de los uniformes. Creí observar en su cara morena cierta nostalgia o por lo menos una resignación triste.

—¿Y no sentirás dejar la caleta?

No contestó. Ante un forastero titubeó tal vez en desnudar su alma. Pasóse, como un signo de perplejidad, el brazo de jersey por las narices, dió a la escota una vuelta más en la muñeca; y su frase: —la vía e la mar es linda—tuvo regocijado borbotar de espumas en la proa de «La Pinta». Así la barca parecía estar de acuerdo con su timonel.

La semilla aventurera no se había extinguido, a través de tres generaciones costeñas. La atracción de nuevas tierras y de nuevos horizontes florecía de nuevo en el lejano descendiente.

Su cara infantil, endiablada, tomó de improviso una expresión de éxtasis. El viento que inflaba la cangreja hasta doblar, a veces, el mástil de alerce y removía los pelos rojos de la cabeza, modelaba los rasgos duros y los hacía de acero, como las alas de las gaviotas y los alcatraces.

Seguí su mirada hacia la costa. Atraía su atención el casco de un buque de tres palos que iba poco a poco soltando su

velas: un remolcador pequeñito, guión oscuro en el mar, lo envolvía en la nube negra de su humareda. Parecía inmóvil, a la sombra de la costa, pero luego entró a la hoguera vibrante del sol y tomó un relieve fantástico. Las velas blancas, redondas de aire, parecían de oro, una línea de oro fulgía en la borda; oro líquido, movable, lo acariciaba en sus densas ondulaciones; y hacia el oro vivo del sol navegaba como el alma de un buque.

Y Cavinza, distraído, apretando contra su corazón la escota de la vela, parecía perseguirlo; en tal forma saltaba en las olas y las partía en dos madejas de espumas, la proa de La Pinta.

Fué la última vez que ví a Cavinza en la caleta. Recuerdo con claridad todos los instantes de nuestro conocimiento, pero ninguno ha quedado en tal forma impreso en mi memoria como éste.

Lo ví súbitamente como debió ser más tarde, en algún velero y en algún mar de la tierra. Nunca como entonces se mostró más claro el invisible eslabón que unía al nieto chileno y al abuelo noruego.

El barco que, solo ya, navegaba hacia un puerto lejano debió parecerse al que, en una noche de tormenta, rompió sus cuerdas en las rocas de Molco; y al abuelo desconocido, como al nieto que tenía ante mis ojos, me lo imaginé también un pescador que, en férreas redes, pescó bacalao en el polo, bajo el resplandor de las auroras boreales.

Un escalofrío recorrió al mar. Una ola de sombra apagó la hoguera del sol y rompió el encanto del momento. El remolcador se acercaba a la costa, veloz, como si huyese de la nube de humo pegada a su popa. El buque era ahora una mancha de tinta en el horizonte.

A indicación mía, Cavinza hizo virar la barca en redondo, cambiando la botavara a estribor.

La cenizosa garúa crepuscular amortajaba la caleta cuando amarramos la barca a las boyas. Las casuchas de los pescadores eran montones de sombra en la claridad de la playa; fogatas de vivo resplandor movían sus llamas a trechos, frente a las rucas; oíanse voces, gritos, ladridos que el aire quieto se entretenía en prolongar o cortar puerilmente.

El gato no apareció en la borda. Mantúvose hurañamente escondido en su rincón: sin embargo, cuando el bote dejó el costado de la barca, se oyeron sus maullidos, suaves, quejumbrosos, repitiendo la frase que le dió nombre:

—¡Mi'ahúgo, mi'ahúgo!

Cavinza permanecía silencioso. En un fondo claro, donde ya palpitaban estrellas, veía su figura, semidisuelta en la sombra, moverse a izquierda y derecha. Oía, también, el golpe seco del remo en la chumacera.

Salpicaduras frías claváronseme en la piel. Sentí el burbujeo precipitado de las espumas. La arena crujió de improviso. El bote se detuvo.

Le pedí a Cavinza que fuese a buscar mi caballo. Oíanse gritos, cantos entrecortados de borrachos, carcajadas. La borrachera se había hecho general en la caleta. Se inició en la casa de Huenafil y se propagó luego por todos los ranchos. Pasé despacio por la orilla de una ruca. Las llamas crepitan-tes, coronadas de todos los insectos de la noche, dibujaban a grandes trazos de carbón, greñas tiesas de mujeres o dormidos torsos de hombres. Caminaba con toda precaución para no despertar los perros de Molco.

Unos gritos estrangulados, salvajes, partieron el frágil cristal de la noche. Los perros pusiéronse a ladrar furiosamente. Detuve el caballo, porque creí que, en su borrachera, el padre castigaba a Cavinza para desahogar su odio inconsciente, irreflexivo, contra el muchacho rojo, tan distinto de ellos que, sin amigos, sin afectos, vegetaban en la playa.

Pero la calma vino. Se elevó hasta las estrellas cristalinas el rumor amplio de la marea.

Penetré en la densa noche de la selva. El olor de los laureles me habló de las umbrías. Llegaba hasta mí en dulces oleadas. Silabeó una tuta en un pajonal. Sobre un tronco viejo un concón sopló asustado. El rumor del bosque, sobre mi cabeza, me pareció un lejano y leve eco del mar.

LA FUGA DE CAVINZA

La red sonora y gris de los chubascos de Enero envolvió al campo durante una semana. Toda labor se interrumpió. Era un aletazo de invierno en plena estación estival, pero con dos notas del verano: no hacía frío alguno y el rumoroso estremecerse de los pellines mostraba intacta su bóveda verde oscura.

Sommer hacía encender, durante la noche, la chimenea de fierro del comedor. Llamas azules, afiladas como la fibra de los hualles donde nacían, estallaban, de pronto, en vívidas crispuelas. Eran como una música de hogar. Cantaban la ruda canción del colono en la selva.

En medio de las pesadas alacenas del abuelo, de las sentencias bíblicas o los versos de Goethe, pintados por la hermana en estilizados caracteres góticos, el rostro rojo, saludable, de mi amigo Emilio Sommer y su traje de montar y su pipa humeante, eran un complemento indispensable.

Y el sosiego gravitante en la vieja casa, que el abuelo labró toscamente, con su hacha de conquistador, y que el padre ensanchó más tarde, mediante los bloques de mantequilla que iban a Valdivia, me envolvía en un medio desaparecido y me apaciguaba.

Sommer, a quien me unía desde el Internado Barros Arana, una amistad sólida, habíase quedado en el campo. Las hermanas se casaron y hacia las cordilleras o hacia lagos lejanos acompañaron a sus maridos.

Y era agradable también, en la noche, oír el tamborileo de la lluvia en las tejuelas y la música del viento en los pellines que aún quedaban, de la antigua selva, en el camino.

Dí por bien empleados estos días de reclusión (charla y lectura) apenas se mostró el sol una mañana. Centelleaba el aire aún empapado de agua. Las colinas, erizadas de palos secos, semejantes a lanzas mapuches en espectación, mostraron tras de la niebla deshecha, su típica decoración.

Ví pasar, sobre las vegas oscurecidas aún por la humedad,

una pareja de cisnes: eran tan frescos, tan imponderables, que semejaban un producto del aire purificado. Y en los árboles, sobre todo en los viejos, en los que tenían un denso forro de musgos, por todas partes se abrieron los rojos copihues que no hacía mucho eran sólo duros botones verduscos, colgados de fibras delgadas.

Una mañana levantéme decidido a ir a la Caleta de Molco. Las lluvias debieron, también, transformar el rincón costero; pero mi amigo me detuvo al ver que Lumaco me traía el caballo.

—Espera que el sur seque los caminos. La cuesta de Molco debe estar intransitable. Lo mismo los *planchados* a la salida de la hijuela.

Y desistí por el momento. Tenía vivas en mi memoria las escenas de aquella tarde: el viaje por la Caleta, a Cavinza y a Maigo, su enemigo, el llamear de las fogatas en la noche y los gritos y cantos entrecortados de los pescadores borrachos.

Suponía que el niño, como de costumbre, vendría a la hijuela a dejar los congrios o rovalos con que abonaban la cuenta *de sus vicios*; pero nadie se acercó de Molco.

Una noche se lo pregunté a Sommer. Miróme burlón, con su característico repliegue de facciones para dar paso a la sonrisa.

—Si no salen al mar cuando llueve. Son marinos por la fuerza. ¿No te has fijado? Han aprendido en Corral a tejer redes y a hacer botes. Antes los pescaban con lanzas en la corriente.

Y agregó después de una pausa:

—Y luego la Candelaria está cerca. De todas partes van a Punucapa.

Sommer me habló de la clásica fiesta austral, cuyo origen está en las velas de sebo que los marineros llevaban a la iglesia de tablas de la costa, en la colonia. Celébrase, también, en las cordilleras. El indio la ha adaptado para sí, pero en las islas de Chiloé es donde tiene más popularidad. Cada bote isleño lleva una escopeta. Al atardecer, cuando las fiestas han

terminado, un mocho da la señal, lanzando un tiro al aire desde la iglesia.

Y los triángulos blancos de las velas se reparten en el espejo opaco de los canales, disparando, a su vez, sus viejas armas.

—Yo lo ví en Calbuco, siendo niño—me cuenta Sommer—. Hoy la fiesta casi no tiene interés. Es un negocio de las parroquias. Sin embargo, en Punucapa, algún lego chilote, parado al lado de la capilla, dispara al aire su escopeta, cargada con pólvora.

Le referí, entonces, las observaciones que había hecho en la Caleta. No sabía nada del gato de Huenafil. Se rió mucho de la rivalidad que había entre Cavinza y Maigo por el comando de «La Pinta».

Me suministró un dato, por el cual me expliqué algunos aspectos, antes muy oscuros para mí, de las relaciones entre el padre y el hijo.

—Huenafil es el indio más flojo que haya conocido. Para remache hizo el servicio militar en la marina y se cree un sargento. El manda únicamente. Los otros lo tienen como jefe, porque sabe hablar. Eso del gato es cosa de él, no me cabe duda. Cuando vivía la mujer, le tejía las redes y manejaba el bote. La trataba como esclava, a franca pura.

Estas palabras me hicieron recordar su actitud frente al muchacho el día en que navegamos por la Caleta. Los gritos que oí cuando, en la noche, subía la cuesta de Molco eran, sin duda, los del niño castigado.

Y le observé entonces a Sommer:

—Pues Cavinza es el que reemplaza a la madre. No parece un hijo sino un animal a quién hay que sacarle todo el provecho antes que se muera.

* * *

Pasaron los días. Secáronse los caminos de los cerros. Las vegas recobraron su cálida rojez de los días soleados. Los palos

secos, ennegrecidos por el agua, tornaron a mostrar su blancor de osamenta; y en el cielo lavado, lleno de luz cruda, se estomparon las crespas murallas de la selva virgen; pero nadie llegó de la Caleta de Molco.

Ruidosa, movida, la Candelaria se manifestó para nosotros con la emigración de los inquilinos de la hijuela.

La trilladora paró su jadeo bajo el cobertizo: el tubo negro del motor, sobre ella, no arrojó su espesa columna de humo oscuro.

Sólo la Juana Epuín, la vieja india que hacía de cocinera, atravesaba el camino en busca de agua. Reinaba un silencio imponente. Los perros de Sommer, unos enormes dogos alemanes de color gris, llegaban a los corredores como en demanda de una explicación. Y los ruidos del campo, que habitualmente apagaban el traqueteo del motor y la áspera palpitación de la trilladora, cobraban un relieve increíble. Tu-tu hacían las tutas, tec-tec las taguas del río cercano, zurrúu las torcazas oscuras, chillaban las cotorras, si una ráfaga de viento, al pasar por el movedizo follaje de los pellines, no lo fundiese todo en una onda de armonía.

Me iba hacia el río, atraído por estas voces que me hablaban del campo chileno del sur. Metido en la vieja canoa, rezumante de agua sucia, remaba río arriba. Y el río me revelaba su alma simple, eternamente amodorrada. Sólo en las colinas, al nacer en unos manantiales, tenía su corriente animación y vida; pero luego se detenía en remansos, como un mapuche flojo, temeroso de llegar al mar que se adelantaba a su encuentro dos veces al día.

Y pasó la Candelaria. Las faenas campesinas se reanudaron. La trilladora tragábase, cada minuto, inmensos haces de espigas. Los sacos hinchados de trigo amontonábanse junto a la romana.

Mujeres toscas venían a las carretas. Hombres de pómulos salientes y de pequeños ojos astutos manejaban diligentes sus horquetas para deshacer el castillo de espigas de las carretas emparvadoras.

Entre estos colonos o medieros había muchos que vivían cerca de la caleta.

A uno de ellos le oí, una mañana, la formidable nueva. Cavinza, a quien su padre dejó en la caleta el día de la Candelaria, había desaparecido y no se sabía nada de él.

Huenafil pasó, según dijo el colono a una pregunta mía, por su rancho, noticiándose si el niño había sido visto por el camino.

—Cavinza quería ser marino—observé yo, mirando a Sommer que pesaba los sacos en la romana.

—Güeno con el coltro. Si parecía pescado. Se lo llevaba en l'agua—dijo uno.

Sommer, que en la soledad del campo habíase compenetrado con el alma de sus inquilinos y con su lenguaje, hizo una broma para el gusto de ellos:

—La que se va a fregar es la chiquilla si no vuelve Cavinza. Hasta de marinero va a hacer.

Y un muchachón que, sobre la máquina arreglaba las gavillas, la cabeza dorada de paja, observó riendo:

—El gato di'agua lu'ha de ayúar ahora.

¿Por qué el niño había dejado la playa de improviso? ¿Qué le había dado la audacia necesaria para tomar esa determinación?

Sentía, sin saber por qué, una alegría loca, irreprimible, al pensar que Cavinza había abandonado el rancho de Huenafil y la playa de oro. Era la realización de un sueño para mí.

Representóse en mi memoria su cabeza endurecida por el viento del mar, el morrión rojo de su pelo y los ojos de cavinza, los ojos de leyenda, fijos en aquel velero, empapado de oro, rumbo al horizonte.

Y sentí viva molestia, cuando Lumaco volvió a las casas sin los caballos que, saltando cercas, abandonaron sus potreros durante los chubascos.

Y cuando una mañana, a punto de volverme a Santiago, mi caballo devoraba al galope los trozos de buen camino o chapoteaba en los charcos, pululantes de sapos saltones, un ansia impaciente, una angustia inquieta, quemaba mi espíritu.

Clavé al caballo para llegar cuanto antes a la cumbre. En mi impaciencia creía que el mar había cambiado, que las chozas y los hombres eran otros. Muy temprano doblé la cima. No había niebla. El mar, como lo observé muchas veces en la costa de Molco, se adormía en una mansedumbre de sueño: reluciente espejo de aguas plumizas que no despertaba el hálito que venía del horizonte, pero en la rubia arena la marea tejía y destejía su bordado de espumas bulliciosas. Humos azules brotaban de los ranchos grises.

No había ningún bote en la playa. «La Pinta», sí, se balanceaba en su fondeadero. De improviso, como surgidas del mar mismo, tres velas se dibujaron y luego dos más. Navegaban con lentitud. A ratos, diríase que estaban fijas en el agua. Sus cangrejas triangulares eran, a aquella hora limpia, una concreción de blancura, así como las gaviotas, copos blancos desprendidos, a cada instante, de la negra masa de los arrecifes.

Y esta vez, como otras, pensé en los pescadores casi mapuches de Molco, cubiertos de sucios harapos que, al poner un pie en sus botes y al achicarse bajo la explosión de nieve de la vela, cobraban un nuevo aspecto, purificábanse sus figuras sórdidas, integrábanse, como un elemento decorativo, al vasto panorama.

Llegué a las cercanías de la playa en el momento en que las velas se arriaban y los botes, cortando las olas, clavaban sus proas en la arena.

Bajo la ramada, frente a su casa, sumaba Huenufil. Su gesto no había cambiado. Era igual su actitud cortés de hombre de pueblo que quiere darse importancia. El sombrero permanecía aún sobre su cabeza. Sólo su barba me pareció enorme, descuidada, deshecha.

Me invitó a bajar del caballo. La hermana de Cavinza lo llevó, esta vez, al otro lado de la casa. Me hizo recordar este hecho la broma de Sommer.

Hablamos de cosas sin importancia. Un raro temor detenía la pregunta en mis labios. No quería que Huenufil se imaginara

que mi viaje obedecía sólo a eso. La oportunidad se presentó en forma verdaderamente inesperada.

Sentí bajo la mesa tosca un maullido suave, ronroneante de gato. Huenufil se inclinó complaciente hacia él. Un gato negro, obeso, saltó sobre sus rodillas y luego a la mesa. Restregábase a su cuerpo con voluptuosa insistencia.

Yo le pregunté:

—¿Trajo Ud., al fin, don Pedro, un gato de Corral?

Al abrirse su boca fué la barba entera la que sonrió. Pasó la mano por el lomo del animal que respondía con un maullido regalón, apenas perceptible. Dió una chupetada a su grueso cigarro de hoja.

—Es el mismo Maigo que bajó a tierra—explicó.

Y guardó silencio. Mi asombro producíale placer. Veíase que esta pregunta le había sido hecha muchas veces y él había adoptado una mueca, una actitud, para alargar lo más posible el placer de considerarse y ser considerado un personaje importante. En su evolución hacia la cultura, era esta actitud un paso adelante.

Levantó luego su cabeza oscura, donde las facciones se empequeñecían, ahogadas por la barba hirsuta; levantó un poco su sombrero y, al ver, seguramente, la duda pintada en mi cara, dijo:

—El Peiro, el chiquillo, lo bajó por la fuerza el día de la Candelaria. ¡Si' hacía el leso el coltro, mire! El gusto era remearle el maullío.

Chupó largamente su cigarro de hoja y agregó:

—Abría así tanta tarasca e gusto (apartó los brazos exagerando la amplitud), un día que una jaiva le pescó una pata y el gato corrió por todo el bote asustado. Le di unos buenos palos por la mala intención con las bestias. ¿No le parece? El día viernes, cuando todos arreglaban los botes pa la Candelaria, se jué a bañar a La Puntilla y estuvo ocioziando con el gato. Ei ejó botá unas redes que rompió la sierra. Lu'ejé castigao en la playa. Y di'ahi, solo, ha pensao la maldá, porque éste no tenía ná amigos. Li'arrancaban todos los chiquillos

de la caleta. Ni sé cómo pudo meter el gato en un saco harinero. La vieja lo vió e la puerta el rancho. Como está impedía ná púo hacer. Ice que el saco saltaba como loco en la arena y di'ahí el gato salió pal'aire. Se queó paralizao, como pegao a la tierra, es que. Ni podría andar digo yo, en tierra firme lo mesmo que los marinos cuando bajan de los destroyers. Parece que la tierra l'impie andar a uno, como si lo agarrara. La vieja ice que levantaba la patita el gato, tanteando la tierra, con el lomo arqueao e susto. Di'ahí comenzó a ladrar la quiltería y el gato salió disparao pa'l monte. Los quiltros y el Cavinza etrás. Digo yo que si'ha metío en las quilas y no lu'han podío sacar. La vieja ice que llegó con cara e pena a la casa, entró pa entro, escolgó una chaqueta nueva y unos zapatos que le compré l'otra Candelaria y salió pa las rocas del otro lao. El remitente me noticia que lo vió en Corral el lunes. Pa mí si'ha embarcao en la «Elsa», una goleta que lleva maera p'al Norte.

Me extrañó su resignación. En sus palabras más bien había una especie de complacencia, porque la suerte lo favorecía con sucesos originales.

Miró al gato, que había bajado al suelo y observaba atentamente hacia un rincón de la ramada:

—¡Alguna vez echará de menos el mapul!—dijo con cierta arrogancia.

Y permanecimos silenciosos, observando a Maigo que, todo palpitante, había entrevisto un ratón a través de las ramas del cobertizo.

Era indudablemente un gato distinto. Su pelaje oscuro había adquirido un brillo de terciopelo; sus huesos puntiagudos, músculos elásticos y redondeados. El Maigo del mar, comedor de cabezas de pescado, de piel casposa y arisco carácter, había desaparecido para siempre.

Trataba de reprimir la alegría que brotaba en mi interior. No quería, aunque la probabilidad era remota, que Huenufil se diese cuenta. Era para mí la certeza inesperada de un sueño hecho realidad.

Quedábame aun por averiguar cómo el gato había vuelto de nuevo a casa del pescador y por qué no lo habían llevado a bordo, como era de presumir; pero no fué Huenufil quién me declaró la duda, sino Cochecho que apareció en ese instante en la ramada.

Hablaron algunos minutos de redes y pescado, espinales y botes. Comprendí que el mariscador iba a ser el reemplazante de Cavinza. La muchachita debió oponer resistencia, sin duda alguna.

Luego, Huenufil salió hacia la playa. Cochecho debía llevar unas redes y yo lo acompañé al cuarto donde se guardaban los aperos de pesca. Hablamos del gato otra vez. Le pregunté si habían intentado llevarlo a bordo.

—Taría roto el encanto ya—me contestó—porque no se púo pillarlo nunquita. Por ei se lo llevaba cazando ratones por las huertas. Al poco tiempo nu'había ni'un ratón en la playa. El gato ha sío muy suertero pa la Caleta—dijo sentenciosamente—en tierra y en mar.

Y como yo le observase que, alimentado de ratones, Maigo estaba más gordo, Cochecho me respondió sobre la marcha, con la seguridad de su primitiva filosofía:

—Es que agora come su comía natural.

Y su frase fué como la clave maravillosa de aquel drama que, a fuerza de diluirse en el tiempo, aparecía sin desenlace.

Y en la tarde, después de saborear como el primer día que vine a la Caleta el caldillo de congrio preparado por la hermana de Cavinza, mientras Huenufil y Cochecho iban a la playa, completamente solo, bajo la ramada, sentí clara y sencilla el alma primitiva de Molco.

Era también la baja marea, como en el primer día. La vieja de chamal, como la guarda de la ruca, tomaba el sol en la huerta, moviendo su huso incansable. El mar se recogía extrañamente, dejando al descubierto la playa y las rocas. La roda del viejo velero nórdico surgió del agua, verde y chorreante, erecta como un índice vencedor.

Y pensé en Cavinza, al que un azar había incorporado a su

elemento originario, al mar; y en Maigo. devuelto a la tierra, donde perseguía, consciente de su esfuerzo, los ratones de la playa, semejantes a pelotoncitos de arena movediza, o descansaba ronroneando, junto al fogón del rancho mapuche.

El tiempo, más allá de la vida y de la muerte, concluía por nivelarlo todo, lo insignificante y lo enorme, lo noble y lo repulsivo, sin pesar los ingredientes que utilizaba para ello. Así, después de setenta años de tanteos (mapuches de ojos de cavinza, colorines de rasgos mapuches) surgía el antecesor, el marinero rojo del aro en la oreja, en Pedro Huenafil, limpio de toda escoria, como un insecto que arroja, en un día de sol, el harapo gris de su larva; y hacía chocar, en el juego de la vida, a la bestia y al hombre, incorporándolos, por fin, a su destino.

Hombres, ideas y libros

Una galería de escritores franceses contemporáneos

EL ALBUM DE SERGIO CZEREFKOW

LA Mano Roja está exprimiendo a Rusia como un limón gigantesco que gotea su ácido, a veces corrosivo, siempre de un extraño sabor, en el mundo moderno. No hablemos de la novela que, mucho antes de la revolución, había revolucionado la literatura con su piedad humana y su sentimiento del misterio que podríamos llamar natural; ni de los bailes decorativos que precedieron a la catástrofe como una ceremonia litúrgica antes del sacrificio sangriento; después de la paz, los espectáculos teatrales más interesantes; las manifestaciones más seguras del arte nuevo en la escena, las han dado compañías moscovitas; y aquí mismo, tras esas balalaikas y esos Duvan Torsoff, tan originales, tan curiosos, tan emocionantes y mesurados en su cubismo, que por cierto el público no supo apreciar, hemos tenido una de las películas más impresionantes y más fuertes en «Iván el Terrible», hecha y dirigida por actores moscovitas, bajo el patronato del Soviet.

Ahora nos llega un álbum de caricaturas de escritores franceses debidas a la pluma límpida, serena e implacable de Sergio Czerefkow; y así como Vogüé dió a conocer en Francia a Dostoyevsky, el historiador René Lalou ha prologado y comentado recientemente las estampas de este compatriota del genio.

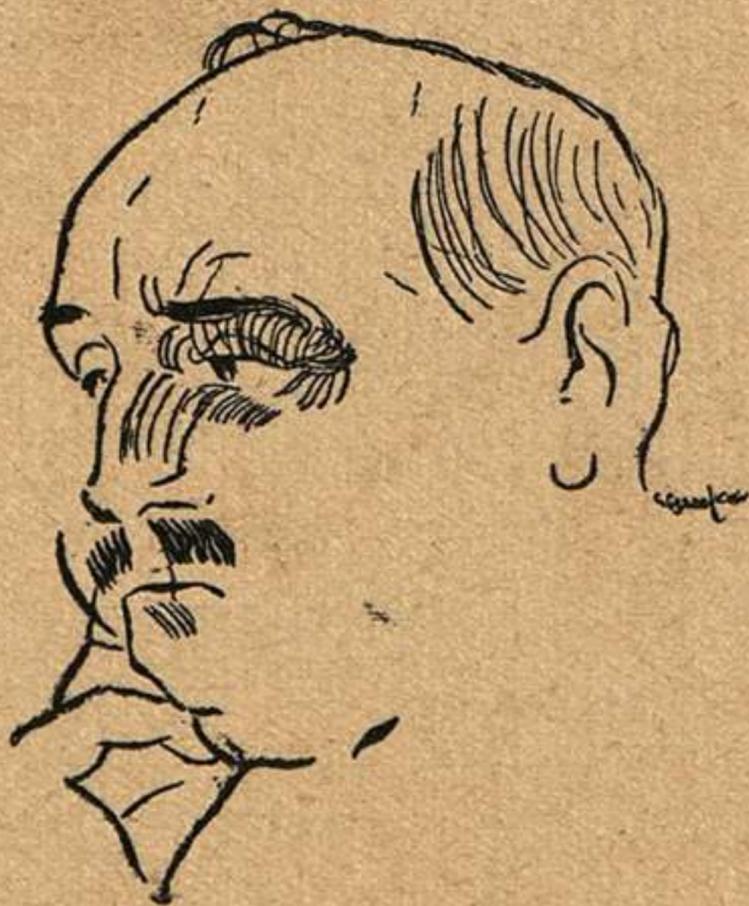
Lalou lo considera, sobre todo, como una experiencia útil: «Contemplamos—dice—a los autores a través del recuerdo de sus libros, prestando al uno el encanto de sus heroínas, al otro la perfidia de sus traidores, coloreando a esas arañas con todos los reflejos de sus telas. Sergio Czerefkow los ha abordado directamente, sin preocuparse de si concorderían con la imagen preconcebida que Uds. y nosotros tenemos formada de ellos y cuya realidad se presenta inextricablemente mezclada a sus ficciones...»

«Les Ecrivains chez Eux» se intitula el volumen y ello indica que el dibujante a ido a verlos en su casa y los ha retratado efectivamente del natural.

Frente a cada rostro de líneas y manchas, un pequeño trozo, una silueta, a veces un hábil «pastiche» de Lalou sirve de texto.

Veamos algunas caras conocidas.

Paul Claudel, el hermético, el esotérico, el inaccesible Embajador católico de Francia en el Oriente, místico y simbolista,



tiene un rostro bien francés, una mirada interrogante, sin nada de raro, aburguesada más bien, bajo la calva redonda, sobre la sotabarba creciente. «Oh tú, lápiz «inextinguible que hurgaste en «cada uno de nosotros hasta el «fondo del animal divino, como «el sacrificador antaño hundió «bajo el diafragma del cual está «escrito en Littré que separa el «pecho del abdomen, recuerda «que, con el último rasgo, te «quebrarás como sobre el cuadrante celeste a medio día se

«quebra la aguja de Escorpión. ¡Salud! Yo, macho, saludo «a las mujeres cuando cruzan las piernas suaves y una

« rodilla luce como una rosa ». Esto en versículos de corte hebreo...

Georges Duhamel, sin pelo, con anteojos, con cachimba, alarga una astuta nariz y recoge labios pensadores, apretados:



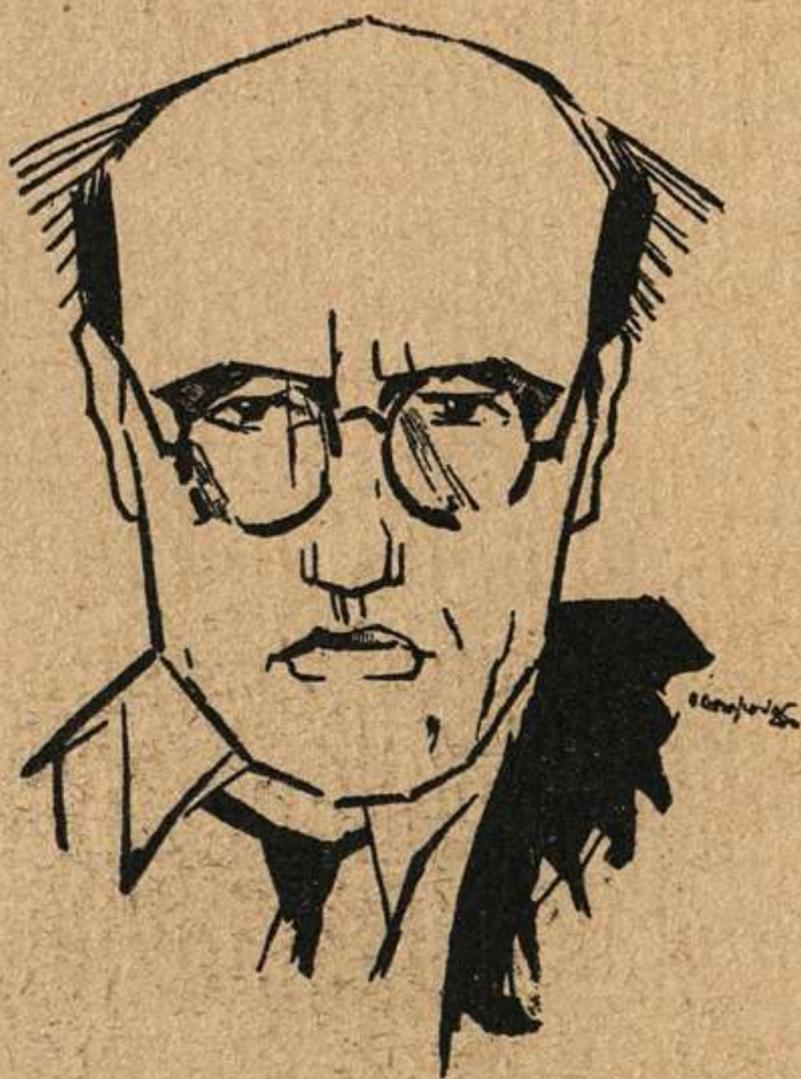
«...Era de noche, hora en que los corazones puros se unen para esas cosas sin importancia que son las únicas certidumbres. Deslizábame solo, con mis espejuelos, por un canal de Amsterdam. De pronto, hubo en mí un desfallecimiento del

« alma: soplé hacia el agua el humo de mi cigarrillo. Algo me
 « obligó a volverme: sentía que el canal me miraba, que sus
 « buenos ojos afectuosos me reprochaban haber manchado su
 « nitidez holandesa. Era, en verdad, una simple vergüenza, o
 « mejor, una molestia simple. Inclinéme y con la punta de mi
 « bastón atraje hacia mí el humo fraternal y, discretamente, lo
 « escondí bajo mi sobretodo castaña».

Paul Fort, aire militar, cuellierguido, actitud de gallo ante su pila de volúmenes; muy Paul y muy Fort.



André Gide, el amador de la juventud, el que no quiere envejecer, debe de sentirse contento con su retrato: tiene ojos y boca de muchacho, a pesar de su calva y de sus lentes. Y una intensidad terrible de expresión y una corbata descuidada. Cabeza de puritano inglés, de pensador porfiado y empecinado, de asceta laico. Nada de lo que esperarían algunos, de lo que otros acaso temerían encontrar.



En cambio ¡qué cara, qué cuello y qué gesto el de *Jean Giraudoux*!

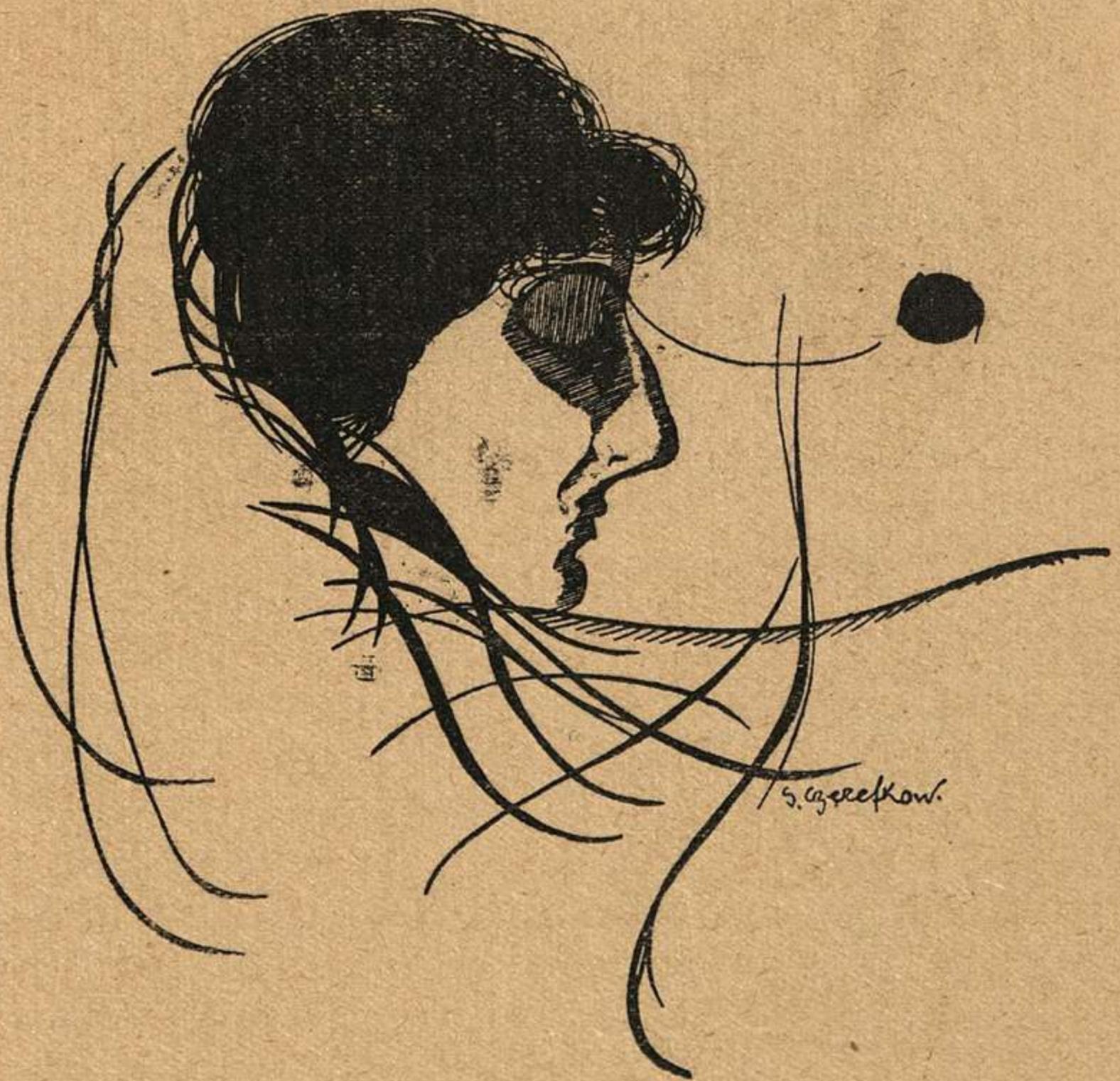


Se le siente una voz delgada y un resplandor de niña en las pupilas, detrás de las gruesas llantas de carey. Dos soles salen por sus hombros; suben las cejas, baja la nariz y todo él interroga. «Soy el Príncipe Encantador, para las muchachas de Bellac. Renové el arte de correr el anillo: levanto un dedo: los corazones se cuelgan de él; sacudo la mano, una

« polvareda vuela y va a caer justamente en los antipodas.

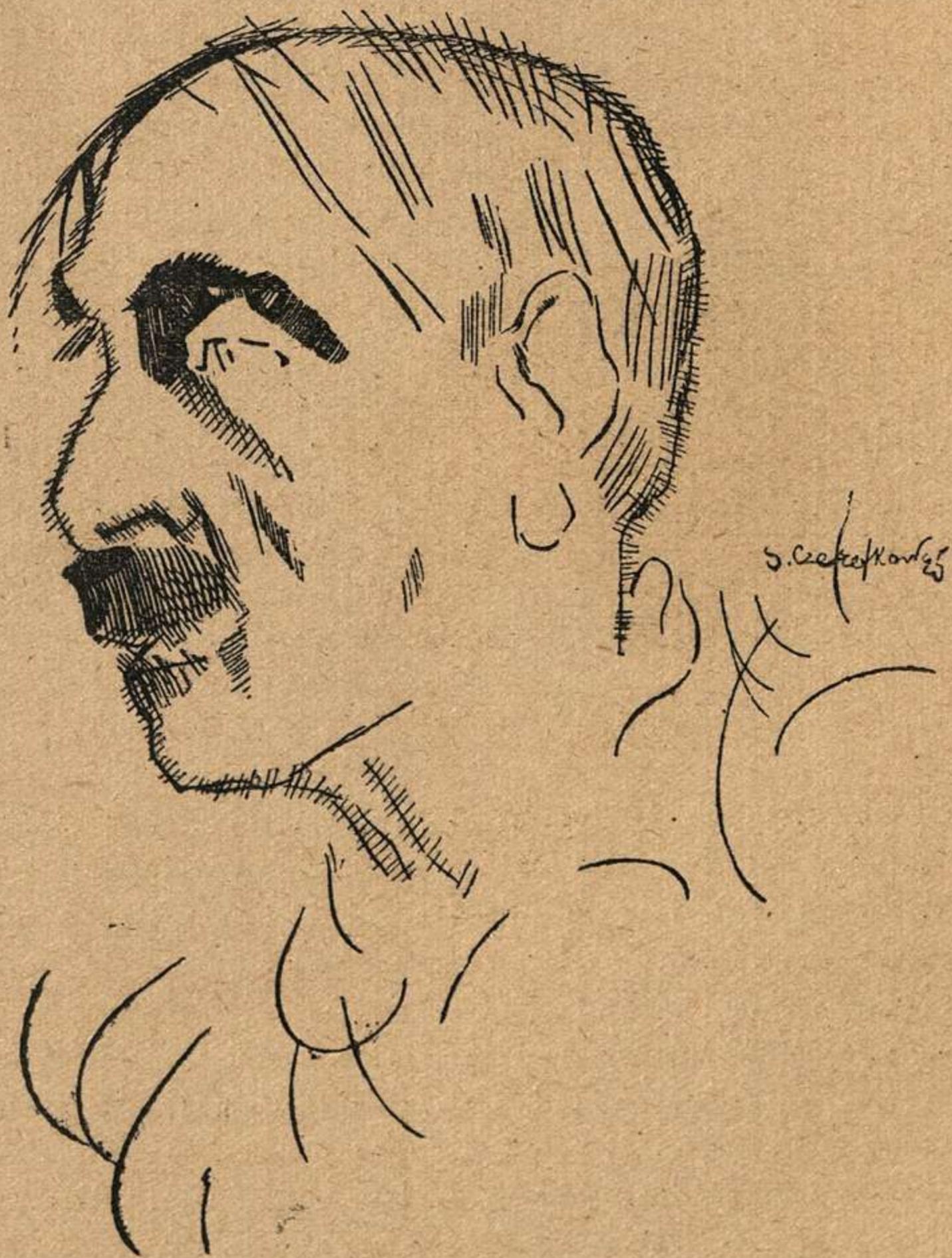
« allí donde el viento este y el viento oeste se topan. se saludan
 « y vuelven bridas... Mientras mis exégetas palidecen, yo sonrío
 « al amor rosado...»

Anna de Noailles.—La conocíamos frágil, fina, ensoñadora;
 hoy aparece de perfil su nariz fuerte; de raza, un poco a lo

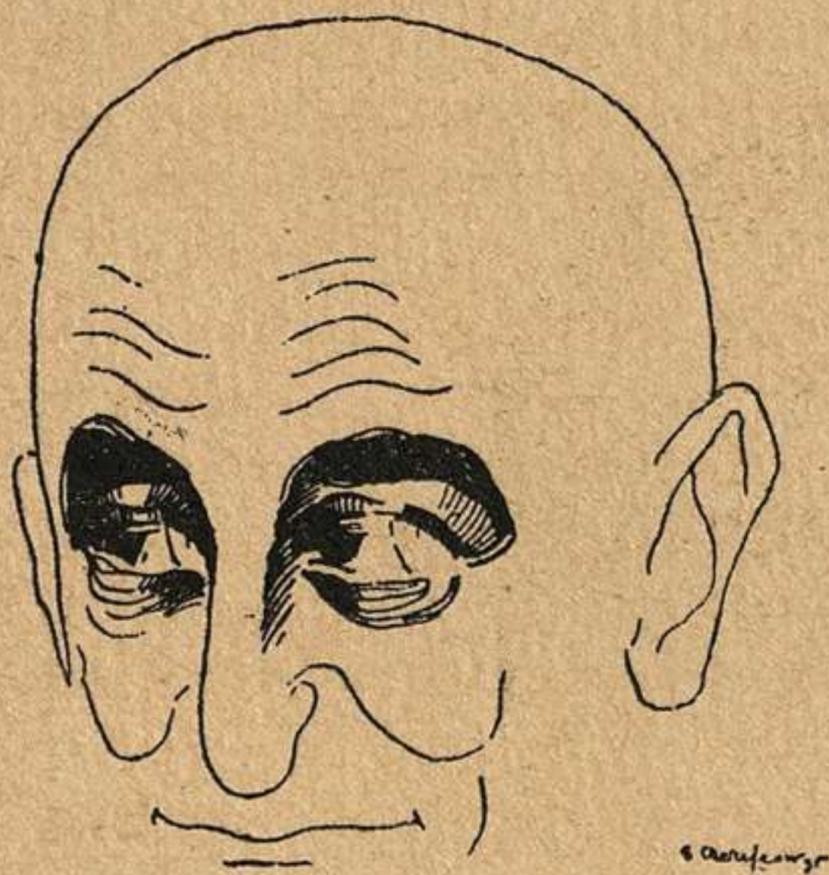


Sara Bernhardt; y un gesto desengañado en la boca. «Mi tierno amor, yo te he buscado—en los vergeles de aliento fresco.—Hoy que has partido, veo los duraznos (les pêches)—y sin embargo estoy menos cierta del pecado (le pêché)».

Paul Valéry.—Nadie habría podido imaginar tan tosco, tan ordinario y romo de facciones al más fino, aéreo y agudo pro-



sista, al hombre de las rasas de cristal de roca, hijo de los griegos. ¡Y tiene casi la expresión de un idiota el inteligentísimo Hemos visto esa cara en el Manicomio.



Max Jacob, monje satánico, medio sumergido en el aire invisible que le ha devorado la barbilla, que le ha hecho blanco el cráneo y no le deja sino el huevo de los ojos negros, vueltos y enigmáticos, ojos de confesor lúgubre:

« Conozco, señor Satanás,
 « cuatro especies de concu-
 « piscencias: hay la de ade-
 « lante, que es infernal; la de
 « detrás, que es quimpireña;
 « la de la plenitud, que es
 « herética, y hay la concu-
 « piscencia del vacío, que es
 « literaria. Para el resto, con-
 « sultad la tabla de anuncios metereológicos... »

* * *

Se ha discutido la bancarrota del cubismo: don Alberto Mackenna celebró la baja de sus cuadros, tan vertiginosa como la de los marcos, y la consideró el fin de una pesadilla enfermiza. Le replicaron que el cubismo no podía morir, etc., etc.

Ni tanto ni tan poco.

El arte es una manera de excitar la sensibilidad, cierta manera de excitar cierta sensibilidad. Cuando el instrumento se gasta—y se gasta lo mismo que todos los instrumentos, por el uso continuo—hay que sacarle más punta o buscar otra herramienta diversa. Así las escuelas se aguzan y cambian, obedeciendo a leyes fisiológicas que son, también, idénticamente psicológicas. Cada generación no procura tanto «hacer mejor» como «hacer distinto». Ya lo dijo el viejo y olvidado M. Faguet; y ciertamente no dijo una novedad. Pero en el cambio, en estas muertes sucesivas y escalonadas, siempre algo queda, por lo menos un recuerdo y una enseñanza, un modo distinto de mirar el

mundo, mayor amplitud, una libertad más grande. Las piruetas del payaso pueden no ser artísticas, no son seguramente la actitud normal; pero le conviene al artista hacer piruetas y el hombre tranquilo tiene más sueltos los movimientos ordinarios si ha ensayado proezas inverosímiles y descoyuntamientos absurdos.

¿Podría llamarse cubista a Sergio Czerefkwow?

Tal vez no; pero, indudablemente, el cubismo y las escuelas ultra-modernas han pasado por ahí y han dejado su huella.

En todo caso, el joven ruso demuestra una maestría independiente y una penetración de mirada, unidas a un sentido de la decoración original, que lo revelan como uno de los artistas más interesantes de las generaciones nuevas.

Su álbum constituye una inapreciable galería de escritores franceses contemporáneos.

N. Z. A.

El encanto de la España vieja

ESPAÑA es el país que debe recorrerse volviendo exclusivamente los ojos al pasado. Esto no quiere decir decrepitud ni atraso en el presente, pero sí que es el pueblo que habiendo concretado arte, belleza e interés en determinado grado, llega un momento en que no puede superarse. El mejoramiento cabe en las cosas materiales, pero no en el encanto subjetivo, que, por el contrario, tiende a alejarse ante estas manifestaciones extrañas que surgen junto a él. Y a veces es preferible que se aleje repentinamente antes de que llegue la caricatura. Ver hoy, por ejemplo, a una mujer con peinetón, mantilla e impermeable es algo más triste que jocoso.

Hoy los diferentes pueblos tienen casi todos las mismas costumbres en apariencia, las mismas preocupaciones, pero si se les estudia separadamente encierran los vascos, los catalanes o los andaluces todo el valor de lo que es en sí el interés primero.

Corriendo por la carretera que lleva de Barcelona a Madrid ya se puede afirmar esta impresión. Esos hombres que habitan pueblos colgados en las montañas o encuevados bajo ella, esos pueblos divinos de belleza en la vejez y en la falta de artificio, donde no resaltan en las casas detalles que indiquen la mano del hombre, sino que parecen formadas de la misma materia que los campos y las colinas y los valles, se han compenetrado de la árida fiereza del paisaje. Son lo que Waldo Frank ha llamado el átomo; en tal forma están adheridos a la naturaleza viviendo en las grandes hondonadas o en los barrancos donde se precipitan los torrentes. «Átomos con cabeza

de pedernal y ojos de acero. Hombres sin sensualidad y sin arte. Fragmentos de la montaña deshecha que han aprendido a caminar. Silenciosos e impenetrables, tienen las virtudes del mineral y son fuertes y firmes, inexpugnables, honrados y valientes. Sacarlos de la inercia de su mundo es tan difícil como meter una idea en sus cabezas. Cuando caminan guardan el ritmo torpe y remiso de una piedra que anduviese, como si esta aventura humana fuese sólo una farsa y como si su humanidad estuviese ya pronta a acabarse y a volver al eterno sueño de la montaña.»

Estos son los hombres de Aragón. Los de Cataluña han conservado la atracción típica apartándose un tanto de Barcelona. En las ciudades los hombres se diluyen y adquieren la uniformidad del oficio. En el gran puerto la atracción no es humana, aún distanciadora. El pasado está sólo representado en edificios y plazas, que, poco a poco, la fiebre comercial hace desaparecer. Existen sitios como la plaza del Rey, que es la Edad Media viva y palpitante. En tal forma que después de un momento de permanecer en ella, se extraña la indumentaria del acompañante.

Hoy los españoles viven la tragedia de aquel a quien, por haber querido conquistar un mundo, ya toda conquista le parece muy pequeña. Y contemplan estáticos los acontecimientos. Hablan, murmuran, pero se contentan con vivir en lo que alguien ha llamado un narcisismo apasionado. Es el encanto de la España vieja. Pero como la vida diaria tiene necesidades imperiosas, arrastra a veces a los hombres, y se ven en las costumbres las más absurdas transacciones. Hay un ejemplo. El fervor místico y apasionado se va trocando poco a poco en temor al cura y a la impresión de mal gusto que produce el ser un descreído. Así los hombres no suelen romper abiertamente con la Iglesia, pero se arreglan con ella y el demonio, dando un aspecto de severidad a sus relaciones. Situaciones para las cuales las madres de las preferidas tienden un puente de amparo y respetabilidad. Por las noches, los cafés de Madrid se encuentran concurridos por estos jóvenes que llevan a su amada, a la que acompaña,

además de su señora madre, su pequeña hermana y algún varón anciano, su tío o bien su hermano. Y ahí se está toda esta familia, protegiendo la apariencia del honor. Ese immaculado honor que costaba la vida a las doncellas que, en otros siglos, no sabían guardarlo bien. Y ese gesto de hoy es sólo la tristeza de romper con el pasado.

Todo, todo habla de él, hasta ese individualismo absurdo de que están enfermos, cual más cual menos, todos los españoles. No han podido adaptarse a la idea de la colectividad que hoy domina al mundo. Aquí cada hombre vive encastillado moralmente, más que lo fué su antepasado en una fortaleza de piedra y roca dura.

Y este absurdo, esta no incorporación a la lógica humana tiene extrañas desviaciones, como es entre otras esta lujuria cerebral que ponen los madrileños y los andaluces en sus piropos a las mujeres. Es el sensualismo contenido de todos los que no se atreven a faltar a los dogmas católicos o que no pueden mantener toda la familia de su dama.

Los historiadores creen que hoy España está en la transición que va desde el sueño a la vigilia. Por su importancia, porque debe ocupar el sitio que le corresponde, es deseable que España se haga más práctica, pero perderá el atractivo más grande que ella tiene: su dinamismo dormido buscando el curso de la vida.

MARTA VERGARA.

El Museo vivo

CON la reorganización de la enseñanza artística, la cuestión de la reorganización del Museo de Bellas Artes no tiene menos importancia. Antes de entrar en la misma modificación tenemos que fijar lo que es un Museo en un sentido moderno y vivo. Nuestro actual Museo tiene mucho del carácter de una bodega: al lado de las pocas obras buenas, están las inferiores y las copias, muchas veces bastante malas, y en la mayoría de los casos de ninguna calidad artística o histórica. Se han colocado allí porque han sido regaladas al Museo.

El Museo *vivo* tiene que darnos cuenta de todo lo que representaba y representa calidad artística; tiene que poseer muestras de las más diferentes tensiones espirituales, de las culturas vivas, del pasado y de nuestros días, realizadas en forma de arte. Cada obra artística es documento del movimiento espiritual de su época, siempre que se trate de una obra individual y no una mera copia de los eternos epígonos e imitadores, que están siempre atrasados con respecto a su tiempo.

Lo que representa, por ejemplo, la obra de un Rafael es precisamente la cristalización pictórica de un movimiento espiritual de una época determinada. Bien entendido: *de su época*. Ahora bien, todos los que pintan en su manera, más tarde quedan espiritualmente petrificados; no viven en el espíritu de su época peculiar, sino que representan una manera conservadora o académica, a la vez bien cómoda, porque no tienen nada que añadir. Claro es que en siglos pasados esa manera no era tan insoportable como nos parece hoy, porque las olas de los movi-

mientos producidos en la vida espiritual, hoy tan serviente y rápida, eran entonces más lentas.

Un Museo tiene que poseer representaciones de los caudillos de esos movimientos, que son los grandes maestros. Precisamente el salón «carré» y las otras salas semejantes de las grandes colecciones consisten en la reunión de estos maestros, en sus obras más definidas. A veces fueron tan contradictorios en sus tendencias como en sus caracteres, y hoy están colocados en paz, cada uno al lado de su antagonista. En una palabra, un Museo de Bellas Artes es una colección de documentos artísticos de las más distintas escuelas históricas y actuales. Además, un Museo *no* debe tener el carácter de una colección particular donde prevalece siempre el gusto del propietario, sino un carácter universal, sin menoscabar las escuelas locales que le proporcionan un tono peculiar y único. De este último carece nuestro Museo. ¿Por qué tenemos que estudiar la antigüedad americana en Europa, en lugar de tenerla aquí en tierra americana? La circunstancia de que los indígenas de Chile no tenían una alta cultura, como los mejicanos o peruanos de la misma época, no nos sustrae del deber de representar esas culturas antes que la griega o egipcia. Los Museos de Inglaterra, Francia, Alemania, etc., tienen grandes colecciones históricas del arte europeo de los tiempos más remotos de toda Europa. ¿Por qué falta aquí, en tierra americana, lo antiguo americano? ¿Y la alfarería chilena no es un documento para la historia de la cultura y del arte de nuestro país, como la de los griegos lo es para la de Grecia?

Del tiempo de la colonia no tenemos casi nada. ¿Dónde están los documentos de las escuelas locales de Quito, por ejemplo? Es cierto que los pintores locales americanos eran inferiores a sus colegas contemporáneos de la madre patria, pero estaban aquí y por eso hay que conservar sus documentos. De los españoles, la mayoría de las obras son meras copias y falsificaciones, lo mismo que de las demás escuelas. Estas, por su parte, tienen en el Museo un nivel comparable al de una colección particular, decente es cierto, de un arribista europeo. Con el

mismo dinero pero con más discernimiento y conocimientos, se habrían podido comprar otras cosas. La oportunidad de comprar a los grandes se acabó ya, y por eso no hay que gastar dinero en obras mediocres, de las cuales tenemos bastantes, y mucho menos en copias. Estas últimas pueden conseguirse con los artistas pensionados por el Estado en Europa y sería la recompensa del esfuerzo de ellos.

El material del Museo se ha colocado sin plan ni orden, y por eso no se puede obtener un compendio histórico de él. Todo debe ser agrupado según las escuelas y las épocas. Hay que exponer sólo lo bueno; lo demás podría ser colocado en oficinas públicas o en Museos provinciales, de menor importancia.

Mayor desorientación se nota aún en la parte moderna. Se ha comprado sin consideración a un programa o con acuerdo a una intención educativa. Sólo se ve el gusto personal de las direcciones antiguas y sus consejeros, en la mayor parte profanos, sin conocimientos facultativos. Según mi juicio, aquí hay que empezar comprendiendo también las más nuevas tendencias o conceptos artísticos. La escuela antigua no es siempre idéntica en calidad; sin embargo, todos los grandes maestros fueron innovadores, revolucionarios de su tiempo. Cada Museo vivo tiene que rendir cuenta de todo lo que pasa intelectualmente en el ambiente respectivo, y los prejuicios académicos no deben intervenir con sus intenciones rectificadoras. Pero todo lo que representa una calidad intrínseca tiene que ser mostrado. Es cierto que coleccionando contemporáneos, los errores son inevitables, pero faltarían como documentos, por ejemplo, los prerafaelistas en las galerías inglesas, los secesionistas en los museos alemanes o los pintores historiadores en los franceses y los clasicistas, en toda Europa. Ellos eran de su tiempo, aunque tuvieran conceptos artísticos que hoy nos parecen erróneos, y por eso hay que representarlos, porque después no los adquiriría ningún entendido, y mucho menos un Museo.

Los modernistas tienen que tener su papel en el conjunto, para que el Museo pueda considerarse al día. El que muchos

los encuentren ridículos no es motivo para excluirlos. Rembrandt, Manet y muchos otros eran también blancos de la crítica del público de su tiempo. Hay que enseñar al público lo que le hace falta. El conocimiento del arte necesita mucho estudio e intuición sensitiva y no tiene nada que ver con el gusto personal con que siempre se mezcla. El gusto personal puede ser ridículo, pero los motivos que hacen nacer un concepto nuevo tienen otra base y ésta precisamente necesita estudio y penetración benigna en tales motivos. Se puede reír, por ejemplo, también de las matemáticas superiores de Einstein, que demuestra que el espacio tiene la forma de una curva... ¡El gusto tiene que regir, pero después de haber adquirido los conocimientos necesarios y no antes!

Para documentar las fluctuaciones espirituales, los conocimientos y la sabiduría nos dan la mejor base. Unos viajes a Europa, sin preparación especial, no pueden formar árbitros.

Hay que tener cuidado con las compras de artistas de «gran fama europea» que de vez en cuando nos visitan, haciéndose preceder de las críticas redactadas (como en todas partes) por sus amigos. La mayoría viene a hacer dinero, a «faire l'Amérique», y cometen aquí obras indecentes que serían rechazadas por sus propios amigos.

Mucha importancia tiene la vulgarización del arte, especialmente del nacional, por fotograbados o fotografías baratas, por ejemplo en forma de tarjetas postales. Eso no sólo no sería una traba para el Museo, sino que podría contribuir a mejorar el gusto y aumentar el interés por el arte. Lo mismo puede hacer el cinema (que en un noventa por ciento no tiene nada que ver con el arte), que puede convertirse en el primer y más importante instituto del ramo para la cultura general.

Hay que reservar días de visita para explicar el contenido del Museo en forma de paseos instructivos, dirigidos por entendidos. Esto debe regir tanto con el público como con los estudiantes. Hay que explicar las obras históricamente, como estaban arraigadas en la tensión espiritual de su tiempo.

Para aumentar el interés por el arte y para coleccionar y en esa

forma propiciar un mayor respeto por el hogar así embellecido, es necesario exponer las colecciones particulares bien elegidas, como demostración de lo que los demás pueden hacer. Es claro que estas exposiciones deben ser preparadas por la prensa, explicándolo todo, para educar la vista y el entendimiento. La cultura sale de la casa y no entra por la calle. De adentro a fuera y no al revés. No necesitamos ranchos con fachadas y un solo salón estilo Luis de tal o cual número, sino hogares con ambiente culto, elevado y sano.

En todos los centros hay un grupo de aficionados reunidos para fomentar el nivel del Museo. Es gente en la mayor parte adinerada y que con alguna ayuda pecuniaria facilita al estado las adquisiciones para las cuales no haya fondos en el presupuesto. Tal vez hoy aquí puede reunirse un grupo que haga lo que el centro de «Amigos del Museo», que facilitó hace tres años al Estado alemán quinientos mil marcos para comprar una estatua griega que costaba un millón. Una pequeña cuota voluntaria anual puede hacer mucho. En cambio de ella, el Museo puede ejercer, por lo menos a sus amigos, el expertizaje gratuitamente. También se pueden obsequiar reproducciones pequeñas a los donantes o mejor, instalar una sala con retratos de los más distinguidos contribuyentes a esta obra.

Una biblioteca pública y especial, con revistas, no tendría menos importancia.

En una palabra, el Museo debe ser resucitado. Los muertos se visitan sólo una vez al año y una sola visita no tiene utilidad para la cultura artística.

PABLO VIDOR.

La Colonia Tolstoyana

San Bernardo, 11 de Mayo de 1928.

Señor don

Hernán Díaz Arrieta.

Santiago.

Estimado amigo:

Muy interesante su artículo sobre d'Halmar publicado en «Zig-Zag»,* pero noto algunos vacíos en lo que se refiere a la colonia tolstoyana. Conocí mucho a d'Halmar en su juventud, y sobre todo la colonia tolstoyana, de modo que me hallo en situación de darle algunos datos por si Ud. quiere hacer algo más completo sobre este escritor chileno.

Más o menos en Noviembre de 1904, Luis Ross Mujica, a quien había yo conocido poco antes en la redacción de «El Chileno», me invitó a ir un Domingo a San Bernardo, a fin de conocer a Thomson y la colonia tolstoyana. Hicimos el viaje en el primer tren y regresamos en la tarde. Los «colonos» residían en una casita vieja que constaba sólo de dos cuartos, uno en pos de otro, un corredor y un sitio de unos cuarenta metros de fondo por ocho de ancho. Estaba ubicada la casita en la calle Eyzaguirre, cuadra y media al norte de la Alameda, lado oriente, y pertenecía a Manuel Magallanes. Me encontré

* Se refiere a un artículo del señor Díaz Arrieta sobre tres prosistas chilenos contemporáneos: Pedro Prado, Pablo Neruda y Augusto d'Halmar. Las noticias que sobre este último da el señor Espinoza son del más subido interés.

allí con Thomson (d'Halmar se firmaba entonces Augusto G. Thomson), Fernando Santibáñez Puga (Santiván) y los pintores José Bakhaus, Julio Ortiz de Zárate y Pablo Burchard. También formaba parte de la colonia un joven poeta llamado Ignacio Herrera, que precisamente ese mismo día de mi visita se arreglaba para regresar a Santiago. A este joven Herrera no volví a verlo después, y a lo que parece no persistió en hacer versos. Tenían los colonos otro sitio más extenso, también de propiedad de Magallanes, a unas cuabras de allí hacia el sur, y en donde se ensayaban en el cultivo de la tierra, conforme a los preceptos de Tolstoy. Seguían estrictamente el régimen vegetariano en la alimentación, y ellos mismos se hacían la comida, que era muy frugal. Antes de sentarse a la mesa, Thomson leía una página de Lofi (era entonces su ídolo). Lofi, Ibsen, Andersen eran los dioses tutelares de la colonia, aparte de Tolstoy, a quien, sin embargo, se reverenciaba menos. El día de nuestra visita estuvieron también Magallanes y el escultor Canut de Bon. Recuerdo que Magallanes llevó una Kodak y se tomó un grupo, en que figurábamos todos estrambóticamente, con herramientas de labranza o útiles de cocina en las manos. Magallanes se caracterizó de árabe, y una sábana le sirvió de albornoz. Estas fotografías, en que yo aparezco, debe conservarlas la viuda de Magallanes.

Continué visitando asiduamente la colonia, y era raro el Domingo en que no me trasladaba a San Bernardo. En una ocasión me quedé hasta el último tren (once de la noche). Pude así imponerme en detalle de lo que era la colonia y especialmente del carácter singular de su jefe, Thomson. Ejercía realmente verdadera sugestión sobre los otros. Sus decisiones, sus opiniones eran acatadas sin réplica. Y también les jugaba algunas bromas. Un día se fingió borracho, al llegar de la calle, y todos se lo creyeron. Una cosa que me llamó la atención desde el primer instante en él es que no hablaba nunca de mujeres: parecía que las daba por no existentes; también figuraban muy secundariamente en sus cuentos de entonces. Tenía una extraordinaria facilidad para aprender versos de memoria. Leía

una vez una estrofa cualquiera, y la repelía inmediatamente. A Lofi y a Andersen se los sabía casi de memoria. No le gustaba ningún escritor español, y su ideal, según decía siempre, era reunir dinero para irse a vivir a una casita junto al mar en la Bretaña francesa. Usted debe saber que su padre era un comerciante francés de Punta Arenas, que posiblemente viva todavía, llamado Augusto Goemine. Su madre, según creo, era hermana de Manuel Thomson, que murió heroicamente en Arica, como comandante de la «Magallanes». Según él explicaba, este apellido Thomson era realmente Thonsen, y de origen escandinavo. Sus antepasados maternos habrían sido marinos.

Sobre Santiván ejerció poderosa influencia. Bajo su mano vigilante, hizo casi todos o el total de los cuentos que publicó en el tomo «Palpitaciones de vida». Por su consejo, cambió su firma por la de F. Saint Ivan, transformada en Santiván después.

La colonia tolstoyana duró hasta comienzos de 1905, pero Thomson continuó viviendo en San Bernardo, y se llevó a su familia: su abuela materna y su dos hermanas.

Con él quedó viviendo Santiván. Ocupaban una casa en la calle Barros Arana esquina de San José: más al sur había sólo potreros; limitaban, pues, con el campo. La amistad con Santiván se hizo más estrecha, y llegaron hasta adoptar una firma común. Alcanzaron a aparecer publicados cuentos con la firma «Augusto y Fernando Halmar».

Thomson obtuvo un puesto de cónsul en Calcuta, mediante el apoyo del doctor Puga Borne. Pero en Calcuta duró poco: contrajo una fiebre palúdica, y consiguió que lo trajeran al Perú como cónsul en Chiclayo (Eten). Allí permaneció cerca de diez años, hasta que reunió algo como cincuenta mil pesos. Con ellos realizó su sueño de irse a vivir a Francia. A su paso por Santiago, varios amigos le dimos un almuerzo en el Parque: ya tenía la cabeza enteramente blanca. Desde entonces—hará de esto unos doce años—no ha venido a Chile.

Sobre mí ejerció Thomson una influencia decisiva. Andaba yo entonces muy apasionado por el naturalismo, y me devoraba a

Zola y Flaubert. Thomson me hizo que persistiera en Daudet, uno de sus predilectos, y me indujo a leer todo Loti e Ibsen. Me recomendó además a d'Annunzio, Tolstoy, Gorki y Anatole France. Como resultado de sus consejos y de mis nuevas lecturas, hice de nuevo la novela «Cecilia», que tenía terminada cuando lo conocí. Mi primer cuento leído en el Ateneo obtuvo la aprobación previa de Thomson, y al efecto me escribió una larga carta de San Bernardo, llena de buenos consejos. Yo publicaba entonces cuentos en «Zig-Zag», y él, si alguno no le gustaba, me lo decía con toda franqueza. Sus consejos eran paternales: me trataba como a un niño. A veces era sarcástico, pero no ofendía. De los escritores chilenos sólo le gustaban Pezoa Velis, en primer lugar, Magallanes y algo Guillermo Labarca. Baldomero Lillo no era de su agrado. Cuando publiqué «Cecilia», me envió una halagadora carta a Illapel, donde entonces yo residía; carta que publicó «El Diario Ilustrado» (1907). Estaba ya preparándose para irse a la India.

Hay algunos que se ofenden porque los llaman discípulos de alguien. Si a mí me llamaran discípulo de Thomson, me sentiría muy honrado. Es que lo considero el primero de los escritores chilenos. Y me encontrará usted razón también para que lo mire con profunda simpatía.

Su muy afmo.

JANUARIO ESPINOSA.

Las novelas explicadas

(A propósito de «El Chileno en Madrid»)

EN un artículo aparecido recientemente en «La Nación» de Santiago, Joaquín Edwards explica la génesis de algunos de los personajes de su última novela, *El chileno en Madrid*. Esta concesión del novelista a un público que aparenta no comprenderlo, ¿tiene alguna importancia para la obra misma?... Podría explicarse en las obras de carácter simbólico o en aquellas que llevan encerradas una intención didáctica. La novela de Edwards Bello dista mucho de esos aspectos. Es, sencillamente, una novela. Pero Edwards Bello ha querido explicar lo que no tiene explicación posible. Esos personajes viven en el libro la vida que les dió el autor, con prescindencia de los modelos. Son creaciones amasadas con el barro de la realidad, a través de múltiples expresiones de vida. Su semejanza con los seres vivos no puede inquietar al novelista. A lo sumo provocará en él un sentimiento de orgullo. La novela hecha, concluída y arrojada en seguida a la vorágine de la opinión, se desprende, en absoluto, del creador en el momento mismo en que éste, como en las viejas usanzas caballerescas, le da el espaldarazo de estilo. La obra vive desde ese instante la vida contradictoria, voluble o serena, de las creaciones humanas.

Hay un público que busca el escándalo en las obras literarias de pura imaginación, y ese público no modificará en un ápice las conclusiones a que haya arribado, a pesar de las explicaciones del autor. Continuará pensando en que el personaje tal corresponde a la vida y modalidades del *amigo X...* o a las

del señor Z... y que las explicaciones, fuera de texto, no son otra cosa que subterfugios de que se vale el autor, para despistar la conciencia del lector. En este sentido Edwards Bello es un autor de mala suerte. O de buena suerte. Como quiera que sea, desde *El Inútil* hasta *El chileno en Madrid*, los tipos creados por el novelista, han sido subrayados por los lectores con nombres conocidos. Este fenómeno es particularmente visible en los personajes de prosapia aristocrática y, como ya lo insinuamos en nuestro artículo sobre la misma novela, publicado en el mensuario «Letras», Edwards Bello, por el desdén que experimenta por los ambientes aristocráticos, se complace en zaherirlos y así, cada personaje de esta especie social, calza, según el lector, en un sujeto conocido.

La suspicacia o la indigencia mental humana tiene estas limitaciones. El público que no sabe leer y al que poco o nada le interesan las creaciones artísticas, busca, en las novelas chilenas de ambiente social, las equivalencias o los paralelos. Lo demás le tiene sin cuidado. Un autor que no disfraza, por lo general, su pensamiento o que lo disfraza poco—es el caso de Edwards Bello—está sometido, en cada nueva novela que publica, a esta que podríamos llamar *policía secreta de los personajes*. Ni la imaginación, ni los resortes novelescos puestos en juego, ni las interpretaciones de la realidad, les importan.

—¿A quién ha querido pintar en tal personaje?...

Esa es la pregunta fundamental de la mayoría de los lectores. Y luego:

—¿Contra quién va dirigida tal alusión?...

Y más adelante:

—¿Sabe que este Lidstrom se parece a fulano de tal?...

Y alguien contesta:

—En efecto, se parece... Pero ¿y qué me dice Ud. de María Ángela? (supongamos que sea este el nombre de una heroína). ¿Que no ve Ud. que es igual a Fulanita?... Sus mismos vicios, sus mismas chifladuras, idénticas ridiculeces...

—¡Hombre!... es verdad... no había caído...

Sólo que para los personajes nobles o fuertes, nunca el lector

encuentra el equivalente ni siquiera aproximado. La maldad, los vicios, las bajezas, las claudicaciones o las miserias morales, están siempre dispuestas, de tal modo, en la estructura de los personajes, que calzan a la medida de mucha gente. Este fenómeno es singular en la psicología del lector y revela hasta qué punto es débil y contradictoria la naturaleza humana. La sospecha del impudor, de la vileza o de la cobardía en los tipos novelescos, exalta al lector. Persigue, con delectación morbosa, la huella mínima del pecado en aquellos seres creados por el novelista y que tienen su correspondiente en el grupo social de sus relaciones. Este vicio trae a la imaginación la ansiedad desesperada de los perros hambrientos que escarban en los basurales. La voluptuosidad de descubrir las flaquezas de nuestros semejantes, a través de un autor literario, es un defecto de los públicos que no están educados para la lectura. La literatura chilena cuenta, entre sus autores, a muchos que han sufrido preocupaciones e inquietudes por este prurito del lector de buscarle «cinco pies al gato»... Podríamos citar, entre otros, a Luis Orrego Luco con su novela *Casa Grande*, a Mariano Latorre con sus *Cuentos del Maule*, a Alone con *La Sombra Inquieta*, etc., etc.

* * *

Edwards Bello es, en este sentido, un novelista típico. Pero es el lector el que lo ha convertido en un novelista de clave. El lector inculto, malévolo, sin sentido de la literatura y de lo que son las obras artísticas. La creación de un personaje novelesco supone una serie de caminos y de estudios que, en ocasiones, no guardan ninguna relación entre sí. Los hallazgos o las sorpresas, en este proceso de incubación, constituyen fenómenos extraordinarios, a veces tragedias íntimas, ignoradas, que pasan como las figuras embrolladas de una pesadilla. El lector que carece de una cultura, no puede penetrar en este círculo, sombrío o luminoso, de la creación.

Por eso nos parecieron inútiles las explicaciones de Edwards Bello sobre el origen de algunos de los personajes de su último libro. Una novela se basta a sí misma. Es un fragmento de vida y es, además, la envoltura de una estética y de una personalidad. Explicarla es debilitarla.

DOMINGO MELFID.

EX - LIBRIS

LA NOVELA DE UN AGENTE SECRETO, por *E. Phillips Oppenheim*.—*Editorial Cervantes*. Barcelona, 1928.

Esta novela pertenece al género de las de acción e intriga, entretenido refugio para todos, cuando se realiza con discreción y buen gusto. El lector, asaltado gravemente por la cuantiosa literatura de crítica y de información científica y filosófica que predomina en la actualidad, se escapa gustoso de vez en cuando a novelas como «Los tres mosqueteros» y «Las inquietudes de Shanti Andía», a los maravillosos cuentos de la India de Kipling, en fin, a aquellas obras que le distraen, o por la mera vitalidad que supo imprimirles el autor a través de aventuras apasionantes, o por las magníficas imaginaciones colocadas en ambientes exóticos y pintorescos.

Oppenheim nos lleva a Londres, en plena guerra, entre espías de todas las naciones, que disimulan día y noche sus propósitos; espías que mantienen el rostro impasible para que la muerte, que los acecha en todas partes, los encuentre en actitud digna. Leves indicios y el instinto les revelan traiciones e intrigas que desbaratar; ¡y pobres de ellos si cometen un error! Y en medio de estos sobresaltos, Oppenheim enreda una delicada historia de amor.

EL MUNDO DE LOS GNOMOS, por *Selma Lagerlöf*.—*Editorial Cervantes*. Barcelona, 1928.

Es esta una colección de cuentos populares escandinavos. La tradición pagana permanece enclavada en medio del norte euro-

peo, cristiano también por tradición y, sin embargo, apegado íntimamente a los mitos antiguos. El pequeño pueblo extraordinario, de uñas como garfios, pelo hirsuto y punzante, feo rostro y extravagantes vestiduras, convive con los campesinos y los señores, lo tienta con sus sortilegios y fabrica maravillas en sus grutas, cavernas, ríos, montes y bosques (en todas partes están, como los dioses menores y demás creaturas protectoras u hostiles que imaginaron los griegos).

Selma Lagerlöf ha escrito un libro hermoso, que se lee a todas las edades, con el material que le proporcionan estas leyendas populares y algunas otras, las menos numerosas, que no tienen relación con el «mundo inferior».

El prólogo de la autora es, quizá, lo de mayor interés de la obra.

Se evocan en él escenas domésticas de la época del nacimiento de Selma, y sucesivamente, algunas fases posteriores de su vida, hasta hoy, con tal delicadeza y justa proporción, que el lector se ve sorprendido por una simpatía, casi propia de la amistad, hacia la autora. Hay en el prólogo una melancolía discreta y el interés que siempre despierta el hombre (o la mujer) de genio cuando alude sin petulancia a su propia vida.

INSTITUCIONES POLÍTICAS ROMANAS. De la Ciudad al Estado, por *León Homo*.—*Editorial Cervantes*. Barcelona, 1928.

Roma antigua vivió 15 siglos, creciendo y organizándose incesantemente. En ella se puede seguir el desarrollo completo—nacimiento, culminación y decadencia—de formas jurídicas, sociales y estatales. Con un mínimo de metafísica y de moral, en oposición al mundo griego, regido en gran parte por la especulación filosófica, Roma fué fecunda en su poder organizador, porque se ciñó estrechamente a las necesidades que le imponían la conquista y la expansión económica. Los episodios de su ruina no son gloriosos, pero las *formas* alcanzadas en el derecho y en el estado fueron de una perfección no sospechada antes y sirvieron más tarde de modelo a los pueblos de Europa.

León Homo, profesor de la Universidad de Lyon, en este volumen XVIII de la Biblioteca de Síntesis Histórica que dirige Henri Berr, sigue paso a paso la transformación del estado romano y de sus órganos, en la época de simple poblado primitivo, de ciudad, de Estado Itálico y de Imperio Mediterráneo. Al término de esta trayectoria, Roma cuenta con una administración compleja, con verdaderos Ministerios y servicios especializados (magistratura judicial, administración civil, ejército). Constituciones imperiales establecían un verdadero escalafón para el personal, etc. Sin embargo, todo esto cayó como cuerpo muerto y no quedó para la posteridad sino la concepción de tales creaciones; lo cual parece demostrar, pese a muchas filosofías históricas, que una civilización recibe de otra enormes materiales y que el desarrollo general de la humanidad no está seccionado estrictamente por las condiciones internas de cada cultura.

En el curso de la obra, M. Homo hace observaciones interesantes y de gran sugerencia. En el último capítulo afirma, sin necesidad de demostrarlo nuevamente, que los antiguos no distinguían el «estado» del «gobierno», observación que esclarece casi todos los problemas que se pueden plantear para las instituciones públicas antiguas. El «imperium» indivisible de la *ciudad* nunca pudo ser extinguido completamente y su concepto perturbó hasta las postrimerías del Imperio el perfeccionamiento del estado y de la administración romana; desapareció la *ciudad*, pero sus «formas» se mantuvieron como limitación a las nuevas concepciones. (El lector relaciona inevitablemente este fenómeno con la circunstancia de que la costumbre sobrevivió como fuente de derecho privado en el Bajo Imperio, pero con el carácter de negativa, de derogatoria del derecho escrito).—R.

LA VIE DE BEAUMARCHAIS, por René Dalsème. Col. *Vies des hommes illustres*.—«Nouvelle Revue Française», París, 1928.

El creador del género de las biografías noveladas es André Maurois. Cuando este ingenioso novelista trazó las páginas de

«Ariel, ou la vie de Shelley», indudablemente ignoraba que no sólo hacía una obra maestra sino que, además, abría el camino a una vasta serie de imitadores. Fué tan grande el éxito de «Ariel», que dos colecciones serias de «vies romancées» comenzaron en seguida a pedir libros de este nuevo género a todos los escritores. Fuera, naturalmente, de muchos otros libros inspirados por propósitos menos respetables y alineados en el seguimiento del mismo espíritu.

Uno de los últimos trabajos de esta índole es «La vie de Beaumarchais», por René Dalsème. En verdad, la existencia de Beaumarchais es rica en peripecias dramáticas; en ella abundan, con lances de toda suerte, el amor y las letras. El relato hecho por Dalsème tiene, pues, una base espléndida en que apoyarse. Y por eso no es extraño que su biografía nos parezca una de las más logradas de tan vasta serie, presidida por un modelo que ninguna puede jactarse de haber equiparado: el «Ariel, ou la vie de Shelley», de Maurois.

EL ARTE EGIPCIO, PROBLEMAS DE SU VALORACIÓN, por Guillermo Worringer.—*Rev. de Occidente*, Madrid, 1927.

El interés por el arte africano comenzó por la civilización egipcia, abarcó más tarde las regiones negras del continente y luego ha vuelto a su cauce antiguo. La estética de los egipcios sigue siendo tema más interesante que el arte negro, y de este interés dan buena prueba los trabajos críticos que no cesan de publicar las prensas europeas, principalmente alemanas.

De uno de los escritores de arte más agudo del momento actual, Guillermo Worringer, la *Revista de Occidente*, de Madrid, atenta siempre a novedades y atisbos singulares, acaba de publicar «El arte egipcio, problemas de su valoración». Este libro tiene como mérito primordial una claridad de exposición verdaderamente meridiana. Existe una opinión vulgar entre la gente ilustrada, si son compatibles ambos adjetivos. Es la de que la claridad de exposición es privilegio exclusivo de la men-

talidad latina. Nada más errado. Si no hubiera otros hechos, este libro bastaría para asentarlo.

Otro mérito importantísimo es la novedad de sus puntos de vista. Hay ideas en él, como la que cifra en la fórmula «americanismo del arte egipcio», que abre campo a las más profundas investigaciones estéticas e ilumina relaciones hasta ahora incógnitas entre edades y pueblos radicalmente disímiles.—S.

GLOSARIO DE REVISTAS

La emoción en la vida actual

Aunque sea tarde, conviene dar cuenta en estas columnas de un trabajo del doctor español don Gregorio Marañón sobre «Patología e higiene de la emoción», publicado en una revista española de suma importancia científica: *Residencia*. Comprende este artículo algunas observaciones de primera importancia sobre la emoción en la vida contemporánea. De ellas haremos un resumen brevísimo.

El doctor Marañón comienza por asentar que «la emoción es el estado permanente del alma moderna». Luego dice: «La Medicina actual ha logrado apagar muchos de los motivos que antes contribuían en mayor medida a la mortalidad humana. Las infecciones, que compartían con el hambre y los terremotos la categoría de azotes de Dios, están casi vencidas ahora, y no terminará este siglo sin que lo estén del todo. Y fuera de la patología infecciosa, el médico y el cirujano cercenan cada día el tanto por

ciento de mortalidad de las demás enfermedades».

Mientras tanto, la humanidad sigue agobiada por el peso de las dolencias, pero estas dolencias son espirituales. No se debe este incremento de las enfermedades nerviosas y mentales al mayor trabajo de los hombres de hoy: «Se ha dicho muchas veces, pero conviene repetirlo: el ejercicio mental puro es prácticamente inofensivo para el cerebro humano. Nadie enferma de pensar demasiado, de investigar, de leer y de crear, por potente y continuado que sea el esfuerzo, siempre que se desarrolle en una atmósfera de paz emocional». «Es la emoción y no el esfuerzo mental lo que perturba el sistema nervioso y el organismo entero, en sus rincones más prosaicos y apartados del eje cerebroespinal».

A continuación, precisa el doctor Marañón lo que constituye la emoción y agrega algunas indicaciones respecto de la emoción provocada y de lo que, en términos científicos, se llama «carga emotiva» y «um-

bral emotivo». En seguida afirma: «Es evidente que el que una idea se transforme en emoción depende de que al proceso intelectual puro se añada la conmoción visceral, y esto depende a su vez de la conjunción de dos factores, que son: de una parte, la «carga emotiva» de la sensación o de la idea; y de otra, la «predisposición emocional» del individuo a la que, empleando una palabra de uso corriente en la Fisiología actual, podemos llamar también «umbral emotivo»; y este umbral emotivo está, en gran parte, ligado al tono funcional del sistema nervioso vegetativo y de las secreciones suprarrenal y tiroidea, íntimamente ligadas con aquél».

Esta frase da luz sobre el carácter especialmente morboso de la emoción. En su proceso se tocan funciones que la Fisiología moderna ha caracterizado como fundamentales para el individuo, y es lógico que de esa alteración resulten consecuencias graves para el equilibrio orgánico. Varios capítulos de su estudio dedica el doctor Marañón a mostrar algunas de esas consecuencias, y aunque estos párrafos de su trabajo nos parezcan los más representativos del pensamiento que se lo ha dictado, no podemos extractar nada de ellos para no prolongar en exceso estas líneas.

Vamos a las conclusiones

que Marañón desprende de su examen: «La altura del umbral de la emoción depende en parte de un elemento tan orgánico, tan accesible a nuestra influencia, como la función de las glándulas de secreción interna»; y más adelante: «En la vida, un sujeto será tanto más emocionable cuanto más intensa y rápida sea la función de su tiroides, y por ello, en general, encontraremos los ejemplos de afectividad más profunda y compleja en los hombres delgados, de reacciones motoras vivas, de mirada inquieta y pelo obscuro y abundante; rasgos que corresponden al temperamento tiroideo, el mismo que Huarte, nuestro Lavater del siglo XVI, llamaba «caliente y seco». En tanto que las sensibilidades embotadas y lentas corresponderán a los hombres con función tiroidea de bajo tono, y por esta razón, obesos, parsimoniosos, calvos y de cabellos claros. Cuando Cervantes hacía de Don Quijote un hombre alto y delgado, y de Sancho un sujeto rechoncho, no se fundaba en un mero capricho, sino que obedecía, como en tantos otros aspectos de su libro inmortal, a un profundo instinto biológico».

Examina luego Marañón, brevemente, cuáles son las relaciones que es posible establecer entre los diversos temperamentos emocionales y las razas humanas, y cuáles, en fin, las

modificaciones que la edad y el sexo introducen en la emotividad. En seguida se ocupa en estudiar la máxima tensión de los nervios humanos, que se sufre hoy día en todo el mundo. El hombre es hoy un receptáculo de todo lo más remoto: «Antes, su atmósfera afectiva, por violenta que fuese, terminaba a unas leguas de distancia. Ahora, cada hombre civilizado es el centro receptor de un mundo de emociones tan extenso como el globo terráqueo».

La tragedia emocional del mundo moderno es, pues, de proporciones inmensas; difícil parece hallarle remedio adecuado. Para Marañón, se acerca una crisis de la civilización

actual y, con ella, el conocimiento de la forma de salir del mal. «Es evidente—dice—que todas las pretendidas excelencias de la vida moderna suponen un apartamiento de las leyes naturales, y en esto estriba su peligro. El hombre actual ha perdido el contacto con la naturaleza, y por ello el ritmo de su vida se adelanta peligrosamente al ritmo inquebrantable del cosmos. Y este pecado cronológico es mucho más grave que todas las intemperancias y todos los venenos que persiguen las leyes. El antídoto de la prisa y de todos los peligros afectivos que nos acechan, habrá, pues, que buscarlo sencillamente en la naturaleza».—S.

EN EL PRÓXIMO NÚMERO

POR falta absoluta de espacio no hemos podido incluir en el presente número de **ATENEA** algunos trabajos que han sido escritos especialmente para esta revista y que serán publicados en el próximo número.

Merecen mención entre estos un estudio del señor Paul Schostakowsky sobre aspectos de la dominación bolchevique. El señor Schostakowsky se encuentra en Chile hace pocos meses, es de nacionalidad rusa y ha conocido de cerca la vida rusa posterior a la revolución. En su trabajo se dan detalles verdaderamente impresionantes sobre los procedimientos de la Cheka y de la policía rusa para compeler al pueblo a labores durísimas, sin aviso previo y a veces en sitios malsanos y alejados de toda población.

Otro trabajo interesante que verá la luz en nuestro próximo número es un estudio sobre la obra de Marcel Proust, titulado «Dos Cartas sobre Proust». Estas cartas han sido escritas por don Osvaldo Vicuña Luco, profundo conocedor de la obra proustiana y que diserta sobre ella como pocos chilenos pudieran hacerlo, gracias a sus copiosas lecturas de Proust y de sus comentadores.

Fuera de estos trabajos, en nuestro próximo número se insertarán diversos artículos de actualidad y las secciones acostumbradas, que mantienen a los lectores de **ATENEA** al tanto de las novedades literarias y artísticas del país y del extranjero.

